



Curtis GARLAND

DRAGONES DEL KARATE



**COLECCION
LA HUELLA**

eb

CURTIS GARLAND

**DRAGONES DE
KARATE**

Colección LA HUELLA n.º 25
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 6340-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: abril, 1975

© Texto: Curtis Garland, 1975

Colección: Imaginación, 1975

1975

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

El Zen fue fundamento de las artes y de la cultura japonesa, inspiró la ceremonia del té, o chane yu, el arte de las flores, ikebana, del teatro, «Nôh» y, por supuesto, entre otras muchas artes, de las propias artes marciales como el Bu Do, Kyudo (arco), kendo (sable), judo, aikido o karate. Muy especialmente, la última, arte marcial directamente inspirada en las artes antiguas de lucha en China —Kung-Fu—, y directísimamente influenciada por el Zen, o filosofía moral e intuitiva del hombre oriental. Sólo comprendiendo el Zen, aunque sea a medias, se puede llegar a comprender el fundamento mismo del karate, y llegar a su esencia y significado real como medio de lucha y como autodisciplina mental y física.

CAPÍTULO PRIMERO

«SAMURÁI»

El profesor Tokuga Nara, se incorporó lenta, majestuosamente. Había terminado su adoración a Buda en el pequeño recinto destinado a la meditación y a sus oraciones cotidianas, dentro del templete de su jardín oriental, donde entre musgos variados, árboles frondosos y suave luz azulada y umbría, se hacía más fácil y profunda la práctica diaria de las doctrinas Zen.

Respiró hondo, envolviéndose mejor en su dorado kimono salpicado de dragones azules y púrpura. Caminó sobre el suelo alfombrado, entre muros de papel y de seda, sonando suavemente los pasos de su calzado de madera y corcho, tradicional como todo lo que le rodeaba en aquella especie de diminuta evocación del Japón histórico y tradicional, al que, por espíritu y convicción seguía perteneciendo.

El profesor se sentía ahora en paz consigo mismo y con su religión. Podía suceder cualquier cosa. Su alma estaba limpia y como purificada. Parecía pesar menos, e incluso su cuerpo menudo y ágil era ahora más ligero, más liviano de lastres terrenales.

Abandonó el templete, cerrando tras de sí la puerta. Sus pisadas apenas si fueron un leve roce sobre los musgos que alfombraban el jardín japonés, hacia la parte posterior de su vivienda, tan occidentalizada y europea como el resto de su país.

Apenas salvó la puerta trasera de la vivienda, una profunda transformación se verificó en el profesor. Se despojó de su kimono, apareciendo debajo su pantalón gris oscuro, su camisa blanca, de algodón. Pronto estuvo alterado su atavío con una corbata azul y

una chaqueta del mismo color. Sus zuecos japoneses, fueron sustituidos por zapatos de charol puntiagudos, a la moda occidental.

Unos lentes de montura de metal dorado, animaron sus ojos mortecinos con una luz astuta y vivaz. Los blancos cabellos destellaron al pasar bajo las luces eléctricas, por las habitaciones de su bien decorada vivienda.

Pasó al despacho de suntuosos muebles de nogal y decoración sobria, donde se acomodó ante su mesa, para iniciar el trabajo de cada tarde. Afuera, empezaba a caer la noche, y las luces urbanas de Kioto salpicaban ya de colores rutilantes y varios las calles que en un tiempo guardaran las tradiciones niponas, y ahora habían cobrado aquel peculiar aspecto de cualquier ciudad industrializada de los Estados Unidos o de cualquier importante país europeo.

Encendió la luz de brazo flexible, que derramó un chorro de claridad sobre sus documentos, desparramados sobre la mesa. Repentinamente, el rostro apacible del profesor Nara, tras su meditación ante el altar de oraciones, había sufrido también una transformación muy superior a la de su indumentaria.

Estaba hondamente preocupado. La paz serena de su rostro, al atravesar el jardín Zen, había desaparecido por completo de su faz aceitunada y levemente surcada por las arrugas del tiempo.

Ahora era un hombre lleno de inquietudes. Incluso de temores. Viendo el brillo agudo y extraño de sus ojos, quizá hasta de «miedo».

Sus manos, menudas y rápidas, rebuscaron entre los documentos. Se detuvo un instante, reflexivo, al no encontrar algo. Luego, pareció recordar. Y se encaminó a la pared, moviendo un viejo tapiz japonés, representando una ceremonia *chane-yu* —una familia tomando té—, sobre un fondo de puentes en arco, riachuelos apacibles, almendros y montes nevados. Las figuras que tomaban té, naturalmente, ofrecían sus rostros blancos, aporcelanados, de leves rubores en las mejillas, típicos del arte Zen.

El tapiz, sobre seda brillante, se enrolló sobre sí mismo, arrastrando consigo una porción del fingido empapelado mural que cubría aquel panel. Apareció debajo una caja fuerte rectangular, color azul de acero.

Manipuló en ella el profesor, con expresión preocupada, mirando previamente a las ventanas totalmente cerradas de su

despacho. Cuando la puerta de recio acero de la caja cedió con un chasquido, tras la última cifra de la combinación marcada, hubo algo así como un leve ruido o roce sutil en alguna parte, a espaldas del profesor Tokuga. Éste, rápido, giró la cabeza.

Su mano emergió de la chaqueta, empuñando una pequeña, pavonada pistola automática. Una «Beretta» calibre 32.

Apuntó a las zonas sombrías del despacho, más allá del foco de blanca luz que caía sobre su mesa. Parecía una prevención precipitada e inútil. No había nadie más que él en aquel despacho.

Tras unos instantes de tensa duda, volvió su atención a la caja fuerte. No se percibía ningún otro ruido en torno. La calma más profunda reinaba, no sólo en el despacho, sino en el resto de la casa. El profesor Nara sabía que estaba solo en el edificio. Su servicio y su sobrino Sojo habían salido aquel día festivo. Precisamente por decisión suya personal.

Quería estar solo. Necesitaba estar solo, para cuando llegara su visitante. Nadie, salvó él, debía ver a aquella persona. Ni a ella le interesaba que hubiera testigos de su presencia en casa del profesor, ni a éste que nadie descubriese la entrevista trascendental que aquella noche a primera hora debía tener en su casa con el hombre encargado de evitar que algo espantoso sucediera en un futuro inmediato. No sólo en el Japón, sino en otros muchos lugares del mundo.

Sus manos delgadas, hábiles y precisas, localizaron dentro de la caja fuerte un sobre voluminoso, alargado, de color pergamino. Estaba no sólo fuertemente pegada su solapa engomada, sino que la cubría por el exterior una ancha cinta adhesiva, color rojo, y un trío de sellos de lacre.

En el exterior del sobre no había nombre alguno escrito. No parecía tener destinatario alguno. Pero en el ángulo inferior izquierdo, aparecía un grabado peculiar: un bellísimo, alargado dragón color azul cobalto. Era todo lo que mostraba el envoltorio, en cuyo interior crujían papeles en abundancia, bajo la presión de los delgados dedos del profesor.

Éste cerró la caja fuerte, volviendo a bajar el tapiz. Luego, situó el sobre en la primera gaveta de su mesa, Justo al lado de una daga japonesa antigua, de empuñadura minuciosamente labrada en piedra azul y blanca. El leve crujido anterior, se repitió en alguna

parte. Esta vez no había dudas. Pese al sigilo utilizado por el posible intruso, el ruido había sido perceptible junto a la puerta del despacho.

Rápido, el profesor volvió a empuñar su pistola automática, dirigiéndose con rapidez, sin producir ruido sus pisadas en la espesa moqueta del despacho, hacia la doble hoja de recia madera que le separaba del corredor. Los ojos, tras las gafas, brillaban tensos, alarmados. Un rictus de inquietud, posiblemente de terror, crispó sus delgados labios.

Antes de abrir la puerta, dudó. Fue solo un instante. Luego, tiró hacia sí. Saltó al pasillo, decidido, y apuntó en derredor, su dedo curvado en el gatillo.

No había nadie. Absolutamente nadie en todo el largo corredor, débilmente alumbrado, abundante en paisajes nipones, máscaras *Nôh*, porcelanas tradicionales, e incluso la armadura de un guerrero *samurái* del siglo XIV, adornando una rinconera del pasillo.

El profesor arrugó el ceño. Resultaba insólito haber captado aquel ruido y no ver a nadie en derredor. Él sabía que los posibles intrusos serían personas hábiles, silenciosas y astutas como demonios. Pero lo que no podían ser, de cualquier modo, era invisible.

Y, sin embargo..., estaba seguro de haber oído aquel ruido. En alguna parte, en aquel corredor. Pero ¿dónde?

Escudriñó las puertas. Todas cerradas. Todas bien aseguradas. Se había cuidado personalmente de eso, antes de dirigirse al templete de la meditación, en el jardín Zen.

Perplejo, regresó al interior del despacho. Esta vez, ni se molestó en cerrar la puerta. Prefería ver el corredor, poder captar cualquier sonido directamente, y no a través de la madera.

Se encaminó a la mesa. Vaciló un instante. Luego, descolgó el teléfono. Marcó un número.

Esperó, mientras la señal sonaba al lado opuesto de la línea. La espera no se prolongó demasiado. Al final, alguien descolgó al otro extremo del hilo. Una voz fría, ronca y extraña, preguntó:

—¿Quién llama?

—Profesor Tokuga Nara —dijo secamente.

—¿Sí? —La voz era glacial ahora—. ¿Quién le dio este número?
Es línea estrictamente privada. No figura en ninguna guía

telefónica, profesor.

—¿Imagina que no lo sé?

—Supongo que sí ha de saberlo. ¿Qué le ha movido a llamar aquí?

—Usted lo sabe. El Dragón.

El silencio se prolongó al teléfono. Tras la pausa, sonó la voz de nuevo:

—¿El... Dragón? ¿Qué significa eso?

—Usted lo ha entendido perfectamente. El Dragón. Tengo todos los datos en mi poder. Y hoy serán transmitidos a la persona que debe hacerlos públicos.

—¿Imagina usted que eso me preocupa?

—Por supuesto. Le preocupa..., y mucho. Lo sé. Tiene que hacer algo, y no sabe lo que será. De algo le advierto: haga lo que haga, no podrá evitarlo. Usted no podrá evitar que El Dragón sea conocido del mundo entero, antes de que su lengua de fuego lo arrase todo, esté bien seguro...

Otra vez aquel tenso silencio. Después, la misma voz ronca y hostil, replicando:

—Eso no podrá lograrlo, profesor. Es una locura. Nunca sabrá nadie nada de El Dragón. Y usted no revelará lo que haya podido descubrir, a persona alguna. Ha cometido muchos errores, aunque admito que es inteligente. Lo prueba el hecho de que sepa demasiado, y de que haya llegado a llamarme, incluso, por esta línea. Pero ahí termina su labor. Ahí termina todo, profesor. Incluso su vida...

Sonó un «clic», antes de que terminara todo sonido en la línea. Habían colgado. El silencio fue cuanto se captó por el auricular. El profesor Nara colgó, despacio, profundamente pensativo. Bajó la mirada, y abrió la gaveta.

Sombríos, sus ojos se clavaron en el dragón azul de aquel sobre color pergamino. Luego, los elevó hasta la puerta abierta, con repentina zozobra, con una rara aprensión inexplicable.

Había sonado un ruido leve, extraño, como un cloqueo, cerca de la puerta de entrada. Tomó su pistola, decidido.

Luego, sucedió algo insólito.

En la puerta, realmente, se perfiló una figura en movimiento. El profesor lanzó una sorda imprecación de sorpresa.

¡Era la armadura del *samurái*, en movimiento!

Perplejo, dudó unos instantes en apretar el gatillo, ante aquella monstruosa aparición inesperada, que componía la figura de la armadura medieval nipona, aparentemente compleja y maciza, pero en realidad liviana y muy flexible. El cuerpo o coraza, estaba compuesto por centenares de pequeñas placas de hierro, laqueadas, y unidas entre sí por hilos de seda trenzados, que permitían a quien la vistiera, gran facilidad de movimientos. El yelmo de hierro, con gran visera, espaldares y gorguera de metal, protegían la cabeza y cuello del *samurái*, que ahora sin duda sería un asesino enviado para aniquilarle.

Pero incluso la identidad de ese asesino se mantenía bien oculta, puesto que la máscara de hierro típica de la armadura *samurái*, escondía su rostro por completo. Un formidable *kendo* o espadón japonés, se movía en la mano blindada del guerrero medieval que parecía surgir de las sombras del pasado, dirigiéndose implacable hacia el profesor...

Éste apretó el gatillo de su arma, dispuesto a matar, antes que a morir. La «Beretta» restalló con una seca detonación. Lameó el corto cañón pavonado, y la bala chocó con el *samurái* moderno.

Rebotó con un maullido áspero en las láminas articuladas de metal, que eran una verdadera coraza, un chaleco blindado al estilo medieval. De haber sido de más calibre, quizá hubiera logrado penetrar la malla. Pero no lo logró. Y eso marcó su final.

El *samurái* no vaciló. Su mano armada disparó el formidable *kendo* centelleante, de afilada hoja. Zumbó al cortar el aire, vertiginosa.

Se hincó violentamente el sable nipón en el pecho del profesor, justo sobre su corazón. Tokuga Nara gritó roncamente, con ojos repentinamente desorbitados. Osciló, cayendo sus gafas del rostro, y disparándosele por segunda vez la «Beretta», que en esta ocasión hincó su bala en el techo.

Se golpeó contra la mesa, aferrándose ambas manos en torno a la empuñadura del *kendo*, apenas hubo soltado la pistola. Trató en vano de arrancar el arma de su pecho. Cayó de bruces, y la hoja, con el impacto en la moqueta, se clavó más profundamente, hasta asomar su punta enrojecida por la espalda del infortunado profesor.

Lentamente, el *samurái* se despojó de su formidable protección.

Cayeron las piezas al suelo, y una elástica figura vestida de negro emergió de dentro. El rostro reveló unos ojos almendrados, crueles y fríos, que se clavaron en el caído. Acercóse a él. Por si había algún soplo de vida en aquel cuerpo, se inclinó. Su mano recta descargó un seco golpe en la nuca, tras la oreja. Esta vez, el estertor agónico del profesor se paró en seco. Estaba muerto. El brutal golpe de karate había rematado a un moribundo.

El asesino de pantalón negro ceñido, y suéter de punto de igual color, se encaminó a la mesa. Contempló el cajón abierto, el sobre con el dragón azul... La mano, enguantada de negro, tomó el documento, con una risita sibilante entre los apretados labios.

Luego, sigiloso, caminando sobre calzado liviano, que no producía ruido alguno, el asaltante se alejó, regresando al corredor. La armadura *samurái*, ya inútil, yacía en el despacho, como un anacronismo, cerca del cuerpo ensangrentado e inmóvil del profesor Tokuga Nara.

Poco después, la casa señorial, en aquella zona residencial, apacible y ajardinada, del tradicional Kioto, estaba solamente habitada por un cadáver.

Y con esa muerte, un secreto inviolable se volvía a hundir en la oscuridad, sin llegar a conocimiento de quienes el profesor deseaba. Habían faltado solamente unos minutos, muy pocos, para que las cosas fueran radicalmente distintas.

Porque, sólo un cuarto de hora más tarde, un automóvil verde oscuro se detenía ante el edificio, y de él descendían tres hombres: uno alto, grueso y de cabellos blancos, de raza occidental. Le acompañaban otros dos hombres, cada uno de una raza. Un japonés y un norteamericano. Ambos jóvenes, elásticos y de atlética complexión, vestidos a la moda occidental.

Llamaron a la puerta de la residencia. Pero era en vano.

Los muertos no responden nunca a las llamadas. Los muertos no abren las puertas.

CAPÍTULO II

LOS ASESINOS

—Muerto... ¿Por qué, Norman?

—No lo sé, Kodaya. Creo que ambos conocemos los mismos hechos: la llamada del profesor Nara. Su extraño mensaje, tan oscuro e inconcreto. Y lo que hemos hallado en su residencia: solamente un cadáver...

—Víctima de un asesinato, Norman —habló lentamente el joven oriental.

—Sí, Kodaya. Un asesinato. Parece no tener sentido, ¿verdad? Sin embargo, el profesor parecía asustado por algo. Ahora vemos que tenía razón para estarlo.

—El miedo a la muerte... —Kodaya So inclinó su mirada oblicua, almendrada, de joven japonés, alto, atlético, elegante y moderno, estudiando los mil y un objetos decorativos que salpicaban el hogar del profesor Nara, como un auténtico museo de deliciosos elementos de Oriente—. Sí, supongo que es el peor que existe entre los seres humanos. Incluso en mi país, a pesar de nuestra negra fama como posibles suicidas en potencia...

—Oh, eso... —rió, suavemente, con expresión de humor agudo en su rostro anguloso y viril el joven norteamericano, Norman Robbins—. El harakiri, los suicidas de cierta novela de James Bond...^[1] Sí, todo ello encaja muy bien en la leyenda japonesa del deshonor y la entrega de la vida como expiación. Pero sé lo que es tópico y lo que no lo es, Kodaya, amigo mío. Tu país y tu gente no tienen secretos para mí. Sé dónde termina la leyenda y empieza la realidad, a pesar de ese perfecto engranaje que forman aquí

tradiciones y modernismos.

—El profesor, evidentemente, temía por su vida. No sé si por sí mismo, o por lo que su muerte podía representar para los demás...

Asintió en silencio Robbins, mientras paseaba por las estancias de la suntuosa finca del profesor Nara.

—Ese uniforme de *samurái*, como una armadura... —señaló al despacho, donde yacía la sólida prenda de los antiguos guerreros nipones—. Resulta increíble que alguien la utilizara para atacar al profesor...

—Pudo ser un detalle de imaginación o simplemente un medio defensivo, por si el profesor tenía medios de proteger su vida con algún arma. De modo que nos enfrentamos a un asesino con imaginación..., y con astucia.

—¿Tal vez un compatriota mío? —sonrió gravemente Kodaya So.

—Tal vez —suspiró Robbins—. O un occidental quizá No se puede asegurar nada en ese sentido, amigo mío.

—Esperemos a ver lo que investiga nuestro común amigo Zachary —comentó Kodaya—. A fin de cuentas él era amigo del profesor. Si alguien en la ciudad puede saber algo sobre la extraña muerte de Tokuga Nara, ese alguien es, sin duda, Zeb Zachary, como cónsul de los Estados Unidos en Kioto..., y como persona afecta al infortunado profesor.

—Sí, esperemos. Suponiendo que Zachary sepa algo concreto...

* * *

—¡Pues lo lamento, amigos míos! Pero sé tanto como ustedes.

—¿Y su amistad con el profesor...? —indagó Robbins, curioso.

—Mi amistad con él era simplemente eso: una buena amistad. Nunca profundicé con él en problemas de su competencia ni traté de ahondar en sus trabajos de investigación ni en sus relaciones con otras personas del mundo industrial y científico de este país. Ahora lamento no haber pasado por indiscreto en esas cuestiones cuando tenía largas charlas con el buen profesor, mientras la ceremonia del té se desarrollaba en su vivienda conforme a las normas tradicionales del Japón.

—Sí, fue una pena que no se sintiera usted curioso sobre ciertas cosas, señor —admitió So, moviendo tristemente su cabeza de

moderno ciudadano japonés, con el cabello negro, lustroso, cortado cuidadosamente a navaja—. Ahora, cuando menos, tendríamos alguna referencia, algún posible indicio sobre las cuestiones que atrajeron su interés y, por ende, pudieron provocar su muerte.

Su llamada no fue demasiado detallada ni elocuente —se quejó a su vez Zachary, cónsul general de los Estados Unidos en la ciudad de Kioto, al oeste de Tokio—. Solamente expresaba urgencia, apremio. Parecía muy preocupado por algo. Alarmado, diría yo. Ahora sabemos que tenía razón sobrada para ello. La muerte acechaba. Y muy cerca de él. Lo malo es que ignoramos la razón.

—¿Tal vez implicaciones políticas? —sugirió el joven Kodaya—. Recientemente, el centro industrial donde el profesor trabajaba como director químico, sufrió algunos problemas de tipo laboral. Hubo huelgas, motines contra la policía, y el recinto permaneció cerrado durante unas fechas...

—Sé todo eso —asintió Zachary, frunciendo el ceño. Pero que nosotros sepamos, el profesor carecía de filiación política alguna. Lo cierto es que jamás se complicó en esa clase de asuntos, y se desconoce toda posible relación del profesor Tokuga, con democráticos, socialistas o cualquier otro movimiento político.

—Por tanto, casi puede desecharse esa posibilidad —comentó Robbins.

—Sí, creo que sí. Pero de igual modo habría que desechar otras muchas, amigo mío —suspiró Zachary, volviéndose a su joven compatriota—. Porque el profesor no tenía relación con delincuentes, no guardaba dinero en efectivo en casa, para atraer a un asaltante, y sus piezas de arte, incluso las de más valor, no han sido tocadas por el asesino.

Afuera, las sirenas policiales se detenían ya en torno a la vivienda del profesor Tokuga. Agentes de la policía japonesa entraron en la casa. Un par de hombres del uniforme dirigían al grupo. Al ver a Zachary y a los dos jóvenes, se detuvieron, sorprendidos, saludando respetuosamente.

—¿Ustedes aquí? —preguntó el que parecía tener más autoridad, un japonés fornido, de gabardina clara—. ¿Fueron los que encontraron el cadáver y avisaron a la policía?

—Sí, capitán Fuyama —afirmó Zachary—. El profesor nos había citado hoy en su casa. Pero llegamos tarde a esa cita. Ya estaba

muerto.

—¿Homicidio?

—Sí. Asesinato, diría yo.

—Es una suerte que sean personas tan fuera de toda sospecha —terció el más delgado de los dos policías sin uniforme, con una leve sonrisa en su rostro aceitinado—. Si no, estarían incluidos entre los posibles autores del hecho.

—Lo sé, sargento Koto —rió entre dientes el cónsul norteamericano—. Sin embargo, resulta difícil imaginar que fuéramos tres los asesinos. Nuestra coartada es precisamente ésta: no nos hemos separado en las últimas horas, vinimos juntos aquí..., y juntos hallamos el cuerpo.

—Sí, toda una sólida coartada —convino de buen humor el capitán Fuyama—. ¿Tocaron algo?

—Nada en absoluto, capitán. Nos limitamos a mirar los detalles, sin mover nada de como lo encontramos —explicó Robbins—. Ni siquiera la armadura *samurái*.

—¿Armadura *samurái*? —Frunció el ceño el capitán Fuyama, girando hacia ellos la cabeza, con un leve sobresalto. Sus ojos almendrados revelaron una enigmática sorpresa—. ¿Qué quiere decir con eso?

—La encontrará cerca del cadáver del profesor —suspiró cansadamente Kodaya So—. Es evidente que la utilizó el asesino para cometer su crimen, deshaciéndose luego de tan notable protección. ¿Por qué le ha sobresaltado tanto el comentario, capitán?

El oficial de la policía de Kioto les miró largamente, en silencio. Luego, informó con voz grave:

—Resulta extraño la coincidencia, eso es todo.

—¿Coincidencia? —se interesó Robbins.

—Sí. Hemos recibido noticias de Tokio. En la factoría de productos químicos Honshu International..., un hombre ha sido asesinado esta mañana. Un testigo vio escapar al asesino en un automóvil al que no pudo perseguir ni identificar su placa. Afirma que ese asesino..., vestía una armadura de guerrero *samurái*...

Zachary y sus dos jóvenes acompañantes, se miraron con sorpresa.

—La Honshu Chemical International... —repitió Norman

Robbins, frotándose el mentón—. Más curioso todavía, capitán Fuyama. Es la misma empresa para la que trabajaba el profesor Tokuga, aquí en Kioto...

* * *

Los grandes laboratorios, las instalaciones químicas y sus depósitos de productos químicos altamente inflamables, se extendían formando un peculiar paisaje de aluminio y vidrio, al otro lado de los grandes ventanales del edificio principal.

Era como hallarse en medio de una ciudad futurista, fulgurando al sol, o en un recinto parecido a una base espacial. Sin embargo, era solamente una de las factorías más importantes de aquel super industrializado Japón de la séptima década del siglo xx.

—Lo siento, caballeros —manifestó, tras un suspiro, el poderoso industrial japonés, moviendo lentamente su cabeza—. Me temo que no seré de gran ayuda para ustedes.

—¿De veras, señor Ogawa? —dudó Zeb Zachary, enarcando las cejas.

—Se lo aseguro. El doctor Kyu Munako era, ciertamente, director de una de las plantas de química industrial de nuestra empresa. Y él profesor Tokuga Nara, en Kioto, trabajaba para nuestra factoría en esa ciudad, como especialista en investigaciones químicas. Pero ahí termina todo lo que yo pueda decirle de ambos, y todo lo que consta en sus expedientes personales. Ambos eficaces colaboradores, personas honorables, sin el menor problema durante el tiempo en que pertenecieron a esta empresa, supongo que sólo se conocerían superficialmente por las habituales visitas que el profesor Nara hacía a Tokio y a nuestra factoría central, pero nada más. Políticamente, no se significaron nunca en nada, positivo o negativo. Eran profesionales, hombres de ciencia y excelentes trabajadores. Ambos en buena posición, aunque la del profesor, como hijo de una familia muy acomodada de Kioto, era notablemente superior en lo económico, y su pequeño museo personal se valora en más de un millón de dólares.

—Sin embargo, ni una sola pieza de ese museo, ni una figurilla de marfil o un abanico de seda, ni una porcelana, una laca o un huecograbado histórico del siglo xvii que poseía en su propio despacho, fueron tocados por sus asesinos —habló Kodaya So—. De

modo que parece descartarse totalmente el lucro como móvil de ese crimen en Kioto.

Tosho Ogawa, hombre de negocios japonés, con prestigio internacional, sacudió la cabeza, reflexivo, antes de responder apaciblemente:

—Caballeros, las causas de esos crímenes son para mí un completo misterio. Ayer era festivo en la factoría, y el doctor Munako trabajaba por cuenta propia en sus laboratorios, con la sola compañía del personal de vigilancia en el recinto. Aun así, alguien entró en éste, y pudo evadirse, tras matar al doctor. El único testigo presencial de los hechos, es una mujer que trabaja para nosotros.

—¿Una mujer? —Pestañeó, sorprendido, Norman Robbins.

—Sí —le miró Tosho Ogawa—. Y, por cierto, una mujer compatriota suya y de mi socio, Morgan Hellinger, de la American Chemical. Precisamente porque Hellinger la recomendó, trabaja aquí. Su nombre es Lauren Bluebell, y su trabajo consiste en dirigir el Departamento de Alimentación de nuestra factoría...

* * *

—¿En qué consiste, exactamente, ese trabajo, señorita Bluebell?

—El mismo empleo lo indica: dirigir el Departamento de Alimentación, señor Robbins.

—Ya. ¿Y eso significa...?

—Cuidar de las reservas de alimentos, servicio de selección de viandas, compra de partidas, precios a los proveedores, control de cuanto existe en los frigoríficos de la factoría, para los menús diarios en los comedores de la empresa, aprovisionamiento de máquinas de refrescos, café, caldos, cigarrillos y demás, así como venta de *tickets* a los productores, marcha de las finanzas y demás.

—Un trabajo amplio y complejo, señorita Bluebell.

—Por eso tengo que venir muchas veces en día festivo —sonrió ella tranquilamente, mirando con curiosidad a su compatriota—. ¿Qué es lo que desea saber? Imagino que no ha venido a hablar conmigo sólo interesado por el servicio alimenticio de la factoría...

—Pues no. ¿Por qué supone que traigo otras razones para entrevistarme con usted?

—Parece obvio. No sólo me han dicho que es usted un buen amigo del cónsul de nuestro país en Kioto, sino que ha pertenecido

al Servicio Secreto de los Estados Unidos durante algún tiempo, y ahora tiene una oficina privada de investigación en Tokio, Kioto, Osaka y Yokohama, con un socio japonés que colabora con usted. ¿Me equivoco, señor Robbins?

—Oficialmente, sí —sonrió Norman Robbins—. Nuestra oficina, con sucursales donde usted ha dicho, y central en esta ciudad de Tokio, no se dedica a investigaciones privadas, sino a la muy moderna, lucrativa y necesaria función de Relaciones Públicas e Informes Sociales.

—¿No es lo mismo? —dijo ella, irónica.

—Más o menos —se rindió, riendo, Norman Robbins. Estudió a la joven encargada de las tareas de control y producción alimenticia de la amplia factoría química en las afueras de la capital—. Bien, dejémonos de subterfugios y retóricas. Usted sabe que investigo algo, por cuenta de un buen amigo, como es el cónsul Zachary, que ya anteriormente fue secretario de Embajada en Tokio.

—Y ese algo es... la muerte de un químico: el doctor Kyu Munako.

—Sí, señorita Bluebell. Es usted nuestro único testigo en ese feo asunto.

—Yo no diría tanto. No he sido testigo de un crimen, sino de la evasión de un presunto asesino.

—Bueno, es lo mismo. El asesino es el que interesa ahora. La víctima no puede recibir ya beneficio alguno, ésa es la verdad. Cuando menos, intentemos localizar e identificar al asesino.

—Cosa hartó difícil, si sólo cuenta con mi testimonio para ello. ¿Usted sabe lo que es un hombre con armadura *samurái*?

—Lo sé. Todos los hombres parecerían iguales, con semejante atavío. ¿Llevaba bajada la celada?

—Por completo. Partió en el automóvil con mucha rapidez. Parecía tener matrícula de Tokio, pero no puedo estar totalmente segura. La primera cifra que pude advertir, era un seis.

—¿Y el coche?

—Un modelo americano, por supuesto. Un «Chevrolet» rojo oscuro. Modelo del año pasado.

—Ya es algo. Imagino que no conduciría muy bien, vestido de semejante guisa...

—No podía causarle problemas eso. Él no conducía.

—¿Qué? ¿Había «otra» persona en el coche?

—Sí. Él entró en el asiento posterior. Delante, iba alguien al volante, que arrancó apenas entró el *samurái* en el interior del vehículo.

—¿Procedía aquel hombre, el disfrazado de guerrero medieval, del pabellón donde apareció muerto el doctor?

—Sí —afirmó ella—. Yo acudí porque, sólo un momento antes, funcionó la alarma y zumbaron los timbres, parpadeando las luces rojas de los laboratorios. Luego, oí un grito horrible. Debió ser emitido por el doctor... cuando fue atacado.

—¿Iba armado el *samurái*?

—No llegué a advertirlo, pero creo que no. No llevaba nada en sus manos.

—Sin embargo, no había arma alguna cerca del doctor... —reflexionó Robbins, en voz alta—. Y aunque en esta ocasión, la víctima no fue acuchillada, está probado que le mataron golpeándole cuello y nuca con algo contundente, demoledor, que quebró sus huesos. La autopsia nos dirá pronto la clase de arma utilizada.

—Pues no la llevaba visible, cuando menos. Podría jurarlo, señor Robbins.

—La creo —estudió largamente a la joven americana, Hubiera podido ser actriz de cine o de televisión, en vez de trabajar en una industria química, pensó para sí. Bonita figura, bellas piernas, un busto muy armonioso firme, cabellera rubia, ojos pardos, boca carnosa y breve nariz... Ni siquiera las livianas gafas de cristales de muy escaso aumento, y montura de metal dorado, podían quitar atractivo a la joven. Tras la pausa, Robbins añadió con lentitud—: ¿Conocía usted personalmente al doctor Munako?

—Como a los demás funcionarios de esta empresa. Muy ligeramente, sin elementos de juicio para resolver si podía tener enemigos o no. ¿Es eso lo que pretendía sugerir?

—Pues... sí —confesó Robbins, riendo—. Se anticipa usted a mis cuestiones, señorita Bluebell. Por cierto: ¿sabe en qué trabajaba el doctor cuando fue asesinado? ¿Por qué venía, en suma, un día festivo, a trabajar en los laboratorios de la empresa?

—No tengo ni la más leve idea. No soy experta en química, aunque trabaje en la Honshu International, se lo aseguro.

El teléfono sonó, sobre la mesa del despacho encristalado donde charlaban ambos jóvenes. En la puerta se leía un rótulo indicador de la especialidad de la joven Lauren Bluebell:

DEPARTAMENTO DE ALIMENTACIÓN

Lauren Bluebell

Dirección

Ella descolgó el coquetón teléfono verde. Atendió la llamada, y pasó el auricular a su visitante.

—Es para usted, señor Robbins —dijo—. De sus amigos de la policía. Norman frunció el ceño, tomando el aparato.

—Robbins —dijo—. ¿Quién llama?

—Teniente Makashi, de la policía de Tokio, Robbins —expuso en suave inglés una voz nipona, al otro extremo del hilo.

—Oh, teniente, es un placer charlar con usted. ¿Algo importante?

—Sí. Mi colega de Kyoto, el capitán Fuyama me pidió que le informase de cuanto pudiera averiguar sobre la muerte del doctor Munako, ya que cree que puede haber relación entre ambos casos. Tengo aquí el resultado de la autopsia del doctor Kyu Munako, y creí oportuno hacerle saber el informe forense.

—Gracias, teniente. Es una deferencia que sé valorar en su justo precio. ¿Qué dice ese informe? ¿Puede ser importante?

—Puede serlo, aunque me desorienta un poco, habida cuenta de que el agresor vestía, según parece, de guerrero medieval. Pero todo encaja, si estos crímenes se están efectuando con métodos típicamente de mi país, señor Robbins.

—¿Qué quiere decir, teniente?

—Que el doctor Munako murió a consecuencia de dos terribles golpes mortales, recibidos en su cuello y cráneo. Los dos golpes fueron producidos por el arma contundente más terrible y mortífera que un japonés experto puede utilizar.

—¿Y es...?

—La mano, mi querido señor Robbins —suspiró el policía japonés—. La mano... de un asesino experto en karate...

CAPÍTULO III

MUERTE TRADICIONAL

—Karate... y un sable japonés, un *kendo*. Y una armadura *samurái*. ¿Eso tiene sentido?

—Claro, mi querido socio y amigo —sonrió gravemente Kodaya So, el joven detective japonés, asociado a Robbins en su agencia de relaciones públicas de Tokio—. Todo forma parte de una tradición de siglos. El karate se ha extendido recientemente por el mundo. El cine, la televisión y los manuales o folletos más o menos ortodoxos, han logrado esa difusión. Pero en mi pueblo, es mucho más que una simple moda. Es tradición de siglos. Las Artes Marciales del Japón no eran un deporte en la antigüedad, sino parte de una forma de ser, filosófica, religiosa y moral. La práctica de esas artes, traídas desde China en la antigüedad, precisamente por el monje Eisai, en 1191, la llevaban a cabo, fundamentalmente, dos clases de personas: monjes y *samuráis*. Todo ello forma parte de la doctrina Zen, a la que nuestro pueblo, como el chino en otra forma, se han mantenido fieles a través de los siglos.

—El Zen... Sí, sé lo que es eso: de ello forma parte hasta adornar con flores un jardín o una maceta. Y la ceremonia misma del té... Y las formas de lucha militar...

—Incluido el karate, que los chinos llaman Kung-Pu (por Kun-Pu-Tsé, o Confucio, naturalmente), y los coreanos el Tae Kwon Do.

—¡La tradición, al servicio del crimen, en este caso! —suspiró con disgusto Robbins—. ¿Eso es normal en tu pueblo, Kodaya?

—¡Sabes que no! La tradición forma parte del honor del pueblo japonés. Asesinar, no es precisamente un honor. Pero existen organizaciones extremistas, gentes violentas que piensan de modo diferente. Tal vez estemos ante uno de esos casos. Unos extremistas pueden creer que salvan al Japón, pongamos por caso, atacando a lo que, para ellos, simbolizaría lo moderno, lo occidental, lo repudiable: los centros industriales, la investigación, la ciencia y los científicos, pongamos por caso. Te hablo solo en teoría, Norman, pero un fanático o un grupo de fanáticos, podrían convertir lo que es símbolo de dignidad y de orgullo de una raza y de un modo de sentir y de ser, en un medio de exterminio contra los que consideran enemigos de su tradición. Ya sabes que hay matices muy complejos en el mundo actual, y existen tendencias de todas clases, donde el hombre desahoga su odio o sus instintos.

Hubo un silencio. Ambos jóvenes permanecieron callados, en la moderna oficina que, en el centro de la misma capital nipona, el distrito Marunouchi, el más occidentalizado de la gigantesca urbe, tenía la agencia de relaciones públicas Kodaya-Robbins.

Sobre la mesa, entre ambos, una miniatura deliciosamente acabada, representaba precisamente a un guerrero *samurái*, con su espantable y sólido aspecto, encima de un soporte de mármol negro con signos japoneses y una fecha medieval.

Observó Robbins aquellas manos que, cubiertas con los guanteletes guerreros, de finas láminas de metal lacado, podrían convertirse en terroríficos elementos destructores, si quien golpeaba con ellas conocía a fondo las artes marciales niponas, con sus golpes mortíferos, y el poder de un ejercicio encaminado a hacer del hombre desarmado el más duro y peligroso de los guerreros.

Afuera, el ruido del tráfico era continuo e irritante. La atmósfera de Tokio, sobrecargada de gases y de neblina, parecía un alegato natural contra la contaminación de las grandes ciudades. Atardecía, y los grandes anuncios luminosos, en inglés o en japonés, salpicaban de millones de luces y colores las grandes arterias urbanas de la más abigarrada ciudad de Oriente y, quizá, del mundo.

—Hablaste de fanáticos... —comentó finalmente Robbins, frotándose el mentón—. ¿Algunos en particular?

—¡No! Era un simple comentario.

—Ya. Pero podría ser una explicación. En ese caso, los culpables

habrían de ser buscados en el Japón o en cualquier otro punto oriental.

—Sí, evidentemente. ¿Has pensado en alguna otra posibilidad?

—Claro. Sabotaje.

—¿Sabotaje? ¿Hacia quién, y por parte de quiénes? —se interesó su amigo y camarada.

—Ésa es la gran incógnita. No sabemos nada sobre las posibles actividades de las personas muertas, fuera de su labor relacionada con la Honshu International. Y en ella, no hay, al parecer, nada misterioso ni oculto. Es una empresa más, interesada en nuevos productos químicos, con buen mercado en el mundo oriental y occidental. Por tanto...

—Por tanto..., ¿qué, Norman?

—Debemos suponer que los dos científicos tenían «otra» labor que desarrollaban al margen de lo puramente industrial.

—¿Una tarea secreta?

—Sí, eso es.

—Norman, soy por naturaleza contrario a esas leyendas propias de los novelistas y escritores de televisión, cine de consumo y novela barata que centran sus argumentos en cosas relativas a profesores misteriosos, capaces de inventar un arma nueva, perseguida por otras potencias, o cosa parecida.

—No me refería a armas nuevas ni espionaje novelesco —rió entre dientes Robbins.

—¿A qué, entonces?

—Me gustaría saberlo, Kodaya. Digamos qué busco algo, sea lo que sea. Algo que ellos conocían, y alguien quería que no llegase a ser conocido por otras personas. Es un motivo lógico, tremendamente lógico, para enmudecer a unas personas por cualquier medio que exista, incluso la muerte.

—Ahora, a esa brillante teoría tuya, sólo le faltará algo concreto para darle fuerza.

—¿Qué, amigo mío?

—El verdadero motivo, Robbins. Lo que ellos sabían... y que provocó su muerte.

—Sí —suspiró Robbins—. Sólo eso...

Gladys Van Rijk respiró con fuerza. Apartó el periódico, tirándolo a un lado cansadamente. Estaba nerviosa. Preocupada. Fumó en silencio, estirada en el lecho.

—Los dos... —murmuró—. Los dos están muertos. Me pregunto si...

Mordió el labio inferior, mientras desprendía la ceniza de su cigarrillo en el pequeño cenicero de vidrio azul, junto al lecho. Luego, muy despacio, sacudió la cabeza.

—La verdad, no lo entiendo —fue su comentario, pronunciado para sí, a flor de labio, como si le asustara pensar sin decir nada, acaso para no sentirse tan sola. Como si todo el mundo fantástico que la rodeaba, pudiese servirle de compañía, y las máscaras *nôh*, las figurillas de loza y porcelana, los abanicos de seda y las figuras decorativas, forman un auditorio atento a sus palabras. Tras una pausa, prosiguió, moviendo la cabeza—: No, no lo puedo entender..., pero tengo miedo.

Miedo.

Era una palabra que escapó de sus labios con esa misma sensación que significa por sí sola.

Miedo.

Desde las paredes de su estudio, mezcla indescrptible y exótica de arte oriental y comodidad occidental, las carátulas japonesas parecieron reír, repetidas mil veces como en una pesadilla, con su blanca lividez de dibujo oriental, con sus peinados lacados y sus agujas...

Las lacas artísticas, sobre estanterías y muebles, iban desde las peculiares de Nara, originarias de dicha ciudad, y sobrecubiertas de madreperla, o las *makie* de Kyoto, con sus peculiares vetas bruñidas en oro y plata. O la *wajima-nuri* de Ishikawa, o la *tsugaru* de Aomori... En todas ellas, dragones y paisajes miniaturizados, parecieron cobrar vida en un fantástico prodigio, para convertirse en ámbito burlón y hermético de sus extraños terrores.

Gladys Van Rijk, profesora en Ciencias Químicas, se levantó, nerviosa. Dejó de mirar incluso a las máscaras burlonas y alegres de los abanicos de papel y marfil. Fue como si, de repente, algo oscuro y obsesivo se desprendiera de todas aquellas maravillas del típico arte oriental japonés, del que ella era una gran admiradora.

Como si todo lo hermoso y delicado, fuera de repente

enigmático y terrible. Igual que una bella máscara lacada podía ocultar el rostro descarnado de la muerte, en una escena típica de una representación de *Nôh* o de rituales danzas sintoístas...

La muerte.

La sola idea, le hizo mirar, aprensiva, los periódicos caídos a un lado. Muerte para dos hombres. Para dos amigos. Para dos colegas eminentes.

Muerte para el profesor Nara y para el doctor Munako.

Muerte violenta. Asesinato. Un *kendo*, unos golpes de karate...

Encendió otro cigarrillo y se sirvió un alto vaso de *whisky*, con muy poca soda. La profesora en Ciencias Químicas paseó por la estancia, sobre el suelo alfombrado, de un color rojo guinda. Bebió un sorbo.

Su altísima figura atlética, de mujer europea, deportiva y vigorosa, parecía repentinamente encogida, menos fuerte. Como si algo pasara por ella; como si su repentino temor la hubiese debilitado y acobardado, allí donde continuaba sola, en la simple compañía de sus propios objetos de arte.

Cualquiera, al verla, hubiera imaginado, sin conocer el exterior, que aquel lugar era el mismísimo corazón de Tokio. O de cualquier otro lugar del Japón. Sin embargo, nada más lejos de la verdad.

La profesora Van Rijk estaba en su estudio, en su propia casa, a bastante distancia del Japón.

Exactamente en San Francisco de California, frente a la bahía y el Golden Gate. A muchas millas a través del mar, alejada de Hondo y las demás islas niponas. Pero con ella, a San Francisco, había ido mucho de su amado Japón, donde pasara aquellos últimos años de trabajo. Era una enamorada del Imperio del Sol Naciente.

Y aunque ella no lo sabía, pese a su repentino e injustificado temor aparente, algo más llegaba ahora del Japón, en pos de ella.

Sólo que ahora, era la propia muerte.

La muerte tradicional, con máscara típicamente japonesa encubriendo su horrible rostro de calavera...

* * *

—¿Eh? ¿Qué es eso?

Se volvió, cuando el abanico cayó de su estantería. Lo contempló, sobre la moqueta, con ojos dilatados, sintiendo el

escalofrío del miedo en su cuerpo fornido, de atlética mujer habituada a practicar deportes.

El abanico caído... Parecía un incidente trivial.

Pero no lo era. Ella se daba perfecta cuenta de eso. No era trivial. Ni siquiera creía que fuese un accidente.

Una corriente de aire lo había derribado.

Aire. ¿Por qué? Todo estaba cerrado. O debería haberlo estado...

Giró la cabeza. Una suave cortina de seda estampada, se movió levemente. No había duda. Se había abierto una de las puertas-balcón de la terraza. Y esas puertas sólo se abrían desde dentro cuando estaban aseguradas, como ella las dejara aquella noche. Por tanto...

Por tanto, «alguien» las había accionado desde fuera.

Apretó los labios. Dio unos pasos. Estaba armada, y no se dejaría sorprender por nadie. Sobre todo, después de leer los dos sucesos en Kyoto y en Tokio.

Oprimió un botón en el muro, junto a unos grabados japoneses. Un compartimento cedió, entre dos molduras. Introdujo la mano en el hueco. Cuando reapareció, iba armada de una pequeña automática calibre 28, casi un juguete, en nácar y acero niquelado. Un juguete capaz de matar, sin embargo...

Luego, se movió cautelosa hacia el *living*, de donde llegara la suave corriente de aire.

Su dedo se curvó en el gatillo.

Quienquiera que hubiera abierto la puerta-balcón de la terraza, había de llegar forzosamente por aquel lado. Y ella estaría esperándole...

Fugazmente, le vino el recuerdo de los dos crímenes en Japón. Ahora, en San Francisco, quizá iba a cometerse el tercero, si ella no podía evitarlo. ¿Sabría alguien alguna vez que los hechos se relacionaban entre sí?

La profesora vaciló. Luego, tomó una rápida determinación. Se inclinó sobre su mesa. Tomó una pluma del estuche decorado. Escribió rápidamente sobre un bloc unas líneas.

Luego, arrancó el papel y lo sujetó en su mano izquierda fuertemente, estrujándolo.

Alzó la cabeza. Miró al *living*, en tensión.

La sombra apareció de repente, recortándose en el muro lateral.

Sorprendida, lanzó un leve grito ronco. Un indefinible terror crispó su gesto.

Se enfrentó a una figura grotesca, increíble...

Un largo kimono estampado de dragones, en color azul oscuro, con figuras amarillas, doradas. Y rematando esa prenda, sobre el rostro... una máscara *nôh*, representando un rostro oriental, iracundo y terrible.

Como en una farsa demoníaca, propia de un teatro de Tokio o de Osaka, el supuesto actor que ocultaba su faz tras aquel modelado: de madera de paulonia, típico de la escena nipona, se movió hacia ella en una rápida flexión de acróbata. Una hueca, sorda risa sarcástica brotó de debajo de la pieza teatral que le enmascaraba.

Luego, de súbito, de la mano del fantástico danzarín, escapó algo hacia la profesora. Ella gritó agudamente, al advertirlo, y apretó el gatillo de su arma.

Se disparó la pistola, con seco estampido. La bala partió hacia el agresor misterioso que parecía llegar de otro mundo imposible y remoto.

Pero simultáneamente a esa acción, la rubia y atlética profesora Van Rijk advirtió que se hincaba en su poderoso pecho una larga jabalina de bambú afilado, desgarrando su suéter y su piel, penetrando de forma hiriente, aguda, hasta el interior de su torso.

El mascarón de la entrada, bailoteó extrañamente, como en un paso triunfal de danza, dentro de la representación alucinante. La profesora cayó atrás, contra el mueble cercano. Se contempló el pecho bañado en sangre, y retiró su mano mojada en escarlata, con vivo horror.

Resbaló, hasta quedar de rodillas en la moqueta, fija su mirada en el extraño ser que la agrediera. Sintió que todo vacilaba en torno suyo, que las figuras se deformaban y bailoteaban, distorsionándose como a través de una lente caprichosa.

Un extraño dolor agudo subió a su corazón. La profesora creyó entender.

Su agresor había procurado acertar en el golpe. No sólo se trataba de una jabalina de bambúafiladísima, sino que... ¡estaba envenenada su punta!

Rodó de bruces momentos después, tras hacer un segundo disparo al aire, torpemente. El enmascarado asesino soltó una nueva

y breve risa. Luego, se despojó de la máscara de teatro *Nôh*, y del kimono. Debajo, apareció un cuerpo musculoso, enjuto y fuerte, con una negra malla. El rostro iba enmascarado con una caperuza de seda negra.

Dejó caer en tierra su máscara de madera tallada, con el mitológico rostro nipón, así como el kimono de brillantes colores. Luego, desapareció sigilosamente en el piso, tras dirigir una fría mirada pensativa al cadáver de su víctima.

No pudo imaginar ni por un momento que aquella mano manchada de sangre, crispada, con el puño cerrado fuertemente, sujetara una pieza clave en el enigma: un fragmento de papel apresuradamente escrito, donde la profesora Van Rijk, en su desesperación ante el peligro, había trazado unas pocas palabras como mensaje póstumo dirigido a alguien...

* * *

Norman Robbins dejó atrás la oficina, avanzando entre el denso tráfico de Tokio. Su amigo Kodaya So, le despidió antes de subir a su propio automóvil.

Robbins encontró el suyo más adelante, en el *parking* cercano. Arrancó hacia su propia vivienda. Era tarde, y tenía apetito. Además, esta noche quería recorrer un poco ciertos lugares de Tokio. No sólo por divertirse, sino por hacer preguntas.

Condujo diestramente por el populoso distrito comercial, en busca de avenidas menos concurridas. La riada de coches era impresionante a aquella hora.

Finalmente, logró dejar atrás la zona más difícil y densa del centro urbano. Se encaminó hacia Kanda, la calle de las librerías, en el llamado barrio latino de Tokio. Allí tenía él su pequeño y acogedor apartamento.

En la mente de Robbins, los últimos sucesos daban vueltas, confusamente. No lograba entender lo que sucedía. Su amistad con el cónsul Zachary, le había hecho atender su petición de que le acompañara en una visita que debía hacer al profesor Tokuga Nara, y de la que el sabio japonés había dicho que podía ser trascendental tanto para el Japón como para los Estados Unidos y otras muchas personas. Zachary, que conocía bien a Tokuga, dijo que el profesor no era hombre alarmista, y que alguna razón tenía para hablar así.

Pero le habían hallado muerto, y los temores de Tokuga, tanto como los del propio Zachary, que intuyera una nota de terror en la voz del químico, habían resultado positivos, por desgracia.

Ahora, nadie sabía qué quiso decir exactamente Tokuga, hombre que era una autoridad internacional en química. Mucho más importante, por supuesto, que el oscuro doctor Munako, muerto en los laboratorios de la Honshu International.

Pero entre ambos hombres había una relación. Algo que motivó sus muertes. Robbins hubiera dado algo por saber qué era aquello.

Sus ojos se clavaron en el retrovisor. Era extraño.

Hubiera jurado que aquel coche japonés, utilitario, de color azul oscuro, iba ya en pos de él en pleno centro comercial, cerca de la oficina. Podía equivocarse, pero su instinto le dijo que no.

Resolvió probarlo. Efectuó una serie de maniobras normales, en apariencia, pero que le condujeron cerca de los jardines de Shinjuku Gyoen.

El coche azul continuó detrás. Y, como por casualidad, una motocicleta «Honda», de color rojo, con dos jóvenes japoneses sobre ella, circulaba justamente delante de él, hacía bastante rato. Robbins empezó a ponerse en guardia.

Estaba seguro de que todo aquello no era casual. Otra serie de maniobras le condujo cerca del Museo; Conmemorativo de Pinturas, y ni el coche azul ni la motocicleta roja dejaron de circular de igual modo.

—Bien —masculló—. Ahora vamos a ver qué sucede... Pero el terreno lo elegiré yo, no ellos...

Condujo a buena marcha, hasta la calle Ginza, repleta de tiendas, restaurantes y teatros. La iluminación era allí esplendorosa. Norman redujo la marcha, hasta detenerse en un lugar donde había sitio para su coche. Abrió la portezuela, y saltó al exterior, sin perder de vista a la motocicleta roja.

Rápidamente, en vez de seguir avanzando, se tiró atrás, pegándose a su coche, y saltando luego elásticamente, como un acróbata, al techo del mismo.

Fue muy oportuno. Aquel salto salvó su vida, aunque no la integridad de su coche.

El automóvil azul arrancó de nuevo con rapidez, tras dejarle aparcar, y al tiempo de desgarrar la portezuela y abollar

violentamente el lado derecho del coche, en su brusco roce, hubiera llevado por delante fatalmente a Norman, de haberse hallado éste donde parecía que debía hallarse, en buena lógica.

El coche azul, rebotó tras el impacto, saltando despedido. La portezuela se abrió con rapidez, vomitando a dos hombres de su interior. Simultáneamente a todo ello, la motocicleta roja había frenado a poca distancia, y de ella saltaron los dos jóvenes, precipitándose con asombrosa celeridad hacia Robbins.

A pesar de elegir la ruidosa, iluminada y concurrida calle Ginza, el joven norteamericano advirtió que sus agresores estaban decididos a terminar con él allí mismo, si era preciso. Sus sospechas se confirmaban totalmente.

Estuvo seguro de que eran cuatro asesinos.

Y, dada la elasticidad de sus cuerpos enjutos y jóvenes, no era extraño imaginar que se trataba de cuatro expertos en karate.

La gente, alrededor de ellos, contemplaba la escena con la habitual indiferencia con que los habitantes de las grandes aglomeraciones urbanas contemplan cuanto sucede a su alrededor, sin conceder gran importancia a nada.

Dada la celeridad con que unos karatekas son capaces de atacar y matar a su víctima, era muy posible que antes de que reaccionase peatón alguno, bajo las luminarias centelleantes y los parpadeos de luz y color de marquesinas y anuncios luminosos, Robbins estuviera muerto, virtualmente machacado a golpes de karate.

Pero los cuatro agresores ignoraban algo: Norman Robbins era también karateka. Exactamente, tercer dan. Un formidable experto en artes marciales orientales.

Pronto tuvieron constancia de ello los dos primeros agresores, aquellos que, en una doble acción ofensiva, en postura violenta, le lanzaron un *mikazuki-geri* con el pie derecho en vilo, disparando mortalmente hacia su cuello.

Robbins replicó al ataque sin perder una sola décima de segundo. La velocidad de los reflejos en las *katas*, era realmente decisivo en un enfrentamiento contra cuatro adversarios igualmente peligrosos.

* * *

Paró Robbins en seco el doble impacto de los mortíferos pies de

sus enemigos, con ambos brazos, en velocísima *kata* o postura *Age-Uke*.

Luego, inmediatamente y sin perder un solo instante, fue él quien golpeó con su propio pie, enérgicamente, en un forzado, virulento impacto de *Mae-Geri-Chudan*, a uno tras otro, dando un giro vertiginoso a su cuerpo, para alcanzar a ambos.

Captó el chasquido de huesos quebrados, cuando su pie hirió las mandíbulas de los dos hombres. No había tirado el doble golpe de forma mortal, sino simplemente para frenarlos y destrozar su rostro, advirtiéndoles al mismo tiempo a los otros dos de que él no era una víctima inofensiva, fácil de abatir.

Cayeron sus primeros agresores. Eso frenó bruscamente la acción de los jóvenes de la «Honda» roja. Se miraron entre sí, indecisos. La gente se paraba ya, asombrada ante aquella exhibición que, tal vez, creían publicitaria o formando parte del rodaje de algún filme de acción.

Luego, rápidamente, los dos jóvenes emprendieron veloz carrera, saltando a la motocicleta roja, y arrancando a toda velocidad. Norman Robbins no intentó seguirles. Sabía que era inútil ahora.

Les vio desaparecer en una bocacalle, atravesando un semáforo rojo. Un agente de tráfico hizo sonar su silbato estridentemente. Norman volvió junto a los dos amigos a quienes golpeará.

Yacían en tierra, con su mandíbula quebrada, quejándose lastimosamente. Intentaron, sin embargo, incorporarse cuando él se aproximó. Uno de ellos, extrajo una navaja automática de debajo de su suéter negro de cuello alto. Le amenazó con ella.

Robbins, fríamente, extrajo su pistola automática. Les encañonó sin contemplaciones.

—El juego ha terminado, amiguitos —dijo con sequedad—. Veremos lo que tenéis que contar a la policía sobre esta agresión...

Eran dos japoneses de no muchos años. Ninguno de ellos sobrepasaba la treintena, sin duda alguna. Pese al hermetismo de sus facciones orientales, Robbins había aprendido a conocer a los japoneses en sus años de estancia en el país, y podía calcular perfectamente su edad.

Ya dos agentes de tráfico venían hacia ellos. Uno, al ver la pistola y la navaja, utilizó su comunicador a distancia, para solicitar refuerzos, sin duda alguna. Los vencidos se miraron con desaliento.

Luego, sucedió algo que Norman Robbins debía haber previsto, pero que no tuvo tiempo de evitar.

Ambos, como de mutuo acuerdo, se llevaron algo a la boca. Lo oyó crujir entre sus dientes ensangrentados por los golpes de karate.

Cuando se inclinó hacia ellos, para intentar hacer algo, era tarde.

Los dos individuos de ropas oscuras, que pretendieran matarle con golpes de karate, estaban muertos. Envenenados.

CAPÍTULO IV

EL DRAGÓN

—Envenenados...

—Sí, teniente Makashi. Usted mismo acaba de ver sus cuerpos. Se mataron con un veneno que llevaban consigo.

—Eso significa...

—Eso significa que todo está planeado, organizado, medido. No nos enfrentamos a un pequeño grupo criminal, sino a una asociación —afirmó Norman Robbins gravemente—. Una fría asociación de asesinos metódicos, movidos por un cerebro.

—¿Sigue sin creer en nada político? —dudó el policía japonés.

—Algo en mi instinto me dice que hay algo más que simple política, teniente.

—Y quizá tenga razón —murmuró lentamente Shiwo Makashi, funcionario de la policía de Tokio—. ¿Sabe la última noticia recibida?

—No. ¿Cuál es? —Se inquietó Robbins.

—No es de fuente japonesa. Procede de su propio país, Robbins.

—¿Los Estados Unidos?

—San Francisco, exactamente. Ha habido un tercer crimen.

—¿Cómo lo sabe?

—Este telegrama resulta explícito, ¿no cree? —sonrió el nipón, entregando a Robbins un mensaje cable grafiado, fechado en San Francisco, con carácter urgente.

Su texto era concreto:

«Profesora Gladys Van Rijk, gran admiradora arte

japonés, químico excelente, asesinada en su finca de San Francisco. Asesino utilizó al parecer máscara nôh y kimono. Arma asesina, jabalina bambú. En mano víctima, papel ensangrentado con mensaje escrito por ella». Texto: «Avisen Japón. Otros químicos asesinados. Busquen “el Dragón”. Clave, Esperamos respuesta. Saludos: Gallagher. División Homicidios San Francisco, California, USA K-2000».

».

Hubo un profundo silencio en la estancia. Robbins releyó el texto, grabándolo en su memoria. Repitió en voz alta:

—«El Dragón...». Clave,

K-2000...

¿Entiende eso, teniente?

—No. Aquí abundaron siempre los dragones. Puede ser cualquiera. En cuanto a las cifras

K-2000...

no entiendo una sola palabra, amigo mío.

—Quizá no será difícil entenderlo... cuando todo tenga sentido. Parece como si hablara de ese... dragón... en sentido concreto. Como nombre propio, quiero decir.

—Bueno, busque en Tokio —sonrió el policía—. Puedo darle cien nombres de locales que se llamarán así: restaurantes, salas de té, casas de *geishas*, hoteles, pensiones, tiendas de antigüedades, residencias, parques, edificios... El dragón es algo misterioso y fantástico, de gran valor exótico, en tierras occidentales. Aquí..., por desgracia, es bastante común, usted lo sabe.

—De modo que el mensaje de una mujer asesinada, que se molestó en escribirlo, quizá al temer que iba a morir, no sirvió absolutamente de nada.

—Por el momento..., de nada, Robbins —suspiró el policía—. De todos modos, he facilitado una copia del texto a los expertos de mi Departamento. Si alguien sabe algo al respecto, me lo dirá, no le quepa duda.

—¿Podría yo actuar por mi cuenta, teniente? El policía nipón le miró, algo desconfiado.

—¿Qué quiere decir con eso, Robbins? —dudó.

—Justamente lo que he dicho, teniente. Supongamos que yo le doy cierto uso especial a una parte de ese mensaje. ¿No me lo reprochará?

—Si ha de servir para hallar una pista, supongo que no. Estoy harto de que mueran químicos en todas partes. Haga lo que quiera, si cree que eso puede darnos una pista decisiva en la cuestión.

—Gracias. Es muy amable, teniente. Así lo haré...

* * *

Eiko Tamiyo miró risueñamente a su interlocutor. Entre ellos, el búcaro de flores japonesas, al estilo Zen, solamente era importunado por los dos altos vasos de *whisky* y soda que ocupaban la mesa.

—¿Qué esperas que haga por ti, Norman? —se interesó la joven japonesa vestida a la usanza occidental más moderna.

—Un gran favor, preciosa —sonrió Robbins.

—¿Como mujer... o como periodista? —rió maliciosamente la muchacha.

Robbins sacudió la cabeza, contemplando los ojos almendrados, exóticos, la tez casi idéntica a la de una occidental, salvo el leve tinte aceitunado que revelaba su origen. Luego, puso una mano sobre la de ella, extendida encima de la mesa con mantel estampado a la usanza japonesa.

—Eiko, sabes que no puedo aspirar a tanto. Eres una japonesa de ideas modernas, pero terriblemente tradicional en tus sentimientos. Dices que serás la esposa de un japonés, y sé que no puedo hacer nada contra eso.

—En tal caso, ya sé por dónde van tus tiros: ¿qué quieres de la periodista?

—Un gran favor, por supuesto. Ya te lo dije.

—¿Qué clase de favor?

—Publicar un determinado texto. Puede serme muy importante en cierto asunto.

—¿En los anuncios o en las páginas informativas? —rió ella, irónica.

—Eres un pequeño diablo. En las páginas informativas, naturalmente. Sé dónde tenéis la oficina de anuncios por palabras,

Eiko.

—Adelante. ¿Qué debo publicar?

—Solamente esto. —Norman se lo entregó—. No firmes. No lo sitúes en tu sección. Podría crearte serios problemas.

—¿De veras? —Ella lo examinó, pensativa—. ¿Qué clase de problemas, Norman?

—Tal vez... un peligro de muerte.

—Eso suena fascinante. ¿No exageras un poco?

—No, no. No lo tomes a broma. Por eso te lo digo. Publícalo con cualquier pretexto, aunque sea en un espacio suelto de tu periódico. Pero sin firma alguna, tuya o de cualquier otra persona. Sería sumamente arriesgado comprometer a nadie en esto.

—Me intrigas, Norman. Suena a auténtico folletín.

—Eiko, ¿te bastará con un indicio más? —replicó Robbins, agresivo, aferrándola por ambos brazos.

—Adelante. Ardo en deseos de saberlo todo.

—Dos químicos han muerto en Japón últimamente. Y una mujer, profesora en Química, ha perecido en San Francisco casi simultáneamente. Son crímenes cometidos por una mano común. No sabemos los motivos ni quiénes son los responsables. Pero esas frases que te di escritas pueden ser una clave. Todos murieron de modo tradicionalmente japonés: kendo, karate y jabalina de bambú. Hay por medio armaduras de *samurái*, máscaras *nôh*, kimonos y todo eso. ¿Es suficiente?

—Me asustas, Norman. Había oído comentarios sobre eso. Y he leído noticias en las páginas de sucesos. Imaginé que eran casos aislados.

—No lo son. Alguien está actuando simultáneamente en este país y en el mío, sobre personas de profesión relacionada con la química. Y el crimen es su método ideal.

—¿Espionaje internacional, terrorismo...?

—No lo sé, Eiko. No hagas teorías ni te metas en el asunto. Simplemente, necesitaba que alguien me publicara esto en un rotativo importante, de gran circulación, para inquietar a alguien y obligarles a moverse. Un paso en falso de ellos, puede orientarnos en alguna dirección. Eso es todo.

—Ya. Eso es todo... Bien, confía en mí. Se publicará, Norman.

—Eres un encanto. Sabía que podía recurrir a ti. Cuando menos,

como periodista, ya que no como una bonita novia japonesa...

—¡Embustero! —le reprendió severamente Eiko—. Sabes que jamás tendrás una novia formal, japonesa o americana. Eres demasiado voluble y falso para eso, Norman Robbins.

—Me juzgas severamente..., pero te perdono —sonrió él—. Todo sea por nuestra buena amistad... y por tu gran espíritu de colaboración profesional, preciosa.

* * *

El «gran espíritu de colaboración profesional» de Eiko Tamiyo, la joven y bella japonesa que escribía en el *News* de Tokio, se reveló con insospechados perfiles a los ojos atónitos y horrorizados de Norman Robbins, justamente al día siguiente a su entrevista con la muchacha japonesa en el club nocturno de Nihombashi, donde la encontrara la noche antes.

Robbins pegó un salto en el lecho, desorbitados sus ojos, cuando leyó el titular de la columna habitual de Eiko Tamiyo en su periódico:

«¿Qué significan “El Dragón” y
K-2000?

La clave de tres asesinatos misteriosos, puede descifrar
el enigma de un momento a otro».

—¡Esta muchacha está loca, rematadamente loca! —aulló, aun antes de leer el segundo párrafo del reportaje que podía costarle la vida a la audaz muchacha.

«¿Donde está la relación entre los químicos japoneses muertos en Tokio y Kyoto, y la investigadora química asesinada en San Francisco de California? “El Dragón” es la clave. De eso no hay duda».

Ambos párrafos los firmaba Eiko Tamiyo.

Se precipitó hacia el teléfono, para llamar. Antes de descolgarlo, sonó estridentemente. Lo alzó, todavía excitado, preguntando

abruptamente:

—¿Quién llama? Aquí Robbins...

—Norman, tengo el *News* en mis manos —oyó mascullar al teniente Makashi, con voz desabrida—. ¿Qué mil diablos cree que puede hacer con las pruebas que le entrego? ¿Publicidad periodística, poniendo en peligro a una reportera?

—Teniente, deje que le explique...

—¡No me explique nada, Robbins! En otro momento, lamentaré no poder ser tan condescendiente con usted, como lo he sido hasta ahora.

Colgó el policía japonés, al otro lado del hilo, interrumpiendo la charla. Robbins, malhumorado, también colgó, para descolgar inmediatamente, dado que el teléfono volvía a repiquetear insistentemente.

—Robbins —dijo, resignado—. ¿Quién es?

—Norman, ¿qué diablos sucede con esos datos de la policía? —Era la voz inconfundible del cónsul Zachary la que se oyó por el auricular, exaltadamente.

—Oh, no... ¿Usted también? —se quejó Norman.

—He leído atónito lo que publica el *News*. Es lo más insensato y peligroso que jamás vi. Conocía la noticia por la policía, pero jamás pude imaginar que usted permitiera a una mujer meterse en este lío. Ahora, si «El Dragón» significa realmente algo trascendente, por lo que han matado a tres personas ya..., ¿qué espera que hagan con *la cuarta*? ¡Y ésa será, sin duda alguna, esa buena amiga suya a quien ha proporcionado tan imprudentemente la información!

Robbins intentó disculparse. Pero también Zachary había colgado, iracundo, sin esperar excusas. El joven americano se incorporó, irritado, encendiendo un cigarrillo y paseando descalzo por la habitación, como un tigre enjaulado.

—Cuando coja a esa muchacha, la estrangulo, ¡la hago encarcelar por uso indebido de información confidencial, maldita sea! —masculló con tono áspero, sin dejar de dar vueltas y vueltas—. Hace falta estar rematadamente loca para..., ¡para publicar así esos informes! Ahora, los asesinos imaginarán que lo sabe o lo sospecha todo..., ¡y su vida no valdrá un maldito centavo!

Se paró en seco, con un nuevo sobresalto. Habían llamado a la puerta de su apartamento.

Apretó los labios. Meditó, mientras se repetía la llamada, corta y enérgica. Por su mente pasó una idea desagradable.

—Ahora, puede que sea Kodaya... ¡Sólo él falta con sus reproches y protestas airadas! —murmuró, cuando por tercera vez sonaba el timbre.

Se encaminó a la puerta, decidido. La abrió.

—Hola —saludó ella con dulce sonrisa. Era Eiko Tamiyo, la periodista.

* * *

—Debería estrangularte —fueron sus primeras palabras.

Pero, cuando menos, las dijo con cierto tono apacible, como conteniendo sus auténticos instintos homicidas.

—Mi querido Norman, ¿qué te sucede? ¿No se publicó todo debidamente realzado, para darle adecuada publicidad a tu mensaje? —preguntó la japonesita ingenuamente.

—Escucha, Eiko. Te dije que no mezclaras nombre alguno en esto. Y menos aún, el tuyo —jadeó Norman, dominándose—. ¿No te das cuenta de que todo esto es, en realidad, un asunto erizado de peligros, de muertes, de agresiones misteriosas? Ahora, alguien puede pensar que sabes demasiado y... Oh, no. No quiero ni pensarlo, Eiko, tengo contra mí a todos. La policía me ha puesto verde, las autoridades diplomáticas americanas han arrojado sus epítetos más feroces contra mí... En suma, has puesto el asunto al rojo vivo, sin tener necesidad de ello. Eso nos va a crear problemas muy graves a todos. Pero a ti, en especial, ya te lo advertí.

—¿A mí? —preguntó dulcemente Eiko, parpadeando. Robbins la hizo entrar en su apartamento, cerrando de golpe la puerta, tras mirar a ambos lados del corredor de aquella planta. Luego, pasó la cadena de seguridad, y condujo a la muchacha, tomándola por el brazo, hasta el *living* asomado a la calle.

—Espera un momento —dijo secamente—. Tengo que comprobar algo, Eiko. Se acercó a la ventana. Miró al exterior. Su corazón le dio un vuelco.

Como ya esperaba, en la esquina situada más abajo, un japonés con gabardina color avellana, leía una publicación ilustrada. Otro, fingía revisar un coche, en el aparcamiento de enfrente.

Esperó, tenso, con la cortina bajada. Uno y otro, con

intermitencia, elevaban sus ojos hacia las ventanas. Justamente hacia *aquellas* ventanas.

Norman Robbins se volvió hacia ellas, algo pálido.

—Lo que imaginaba —dijo.

—¿Qué imaginabas, Norman?

—Te siguieron, Eiko.

—Sí, me siguieron —confesó ella, sonriente—. Pero logré burlarlos.

—No. No los burlaste. Están ahí. Enfrente de esta casa.

—¡Sé que los burlé! —protestó ella—. Me seguían en un coche demasiado llamativo para no advertir su acción. Era un «Buick» verde claro...

—No hay ningún «Buick» verde claro ahí abajo. Ése era el señuelo.

—¿El señuelo?

—Claro. No son unos imbéciles. Sabían que intentarías burlar al coche verde, y no te fijarías en otros. A lo peor un vulgar utilitario japonés, como los hay a miles. O una motocicleta. Y te siguieron. Creíste burlarles, e iban tras de ti. Te esperan. ¿Qué piensas hacer ahora?

—¿No son... policías? —aventuró Eiko Tamiyo, tímidamente.

—Infiernos, no. No lo son. Puedo intuir un policía a mil yardas. Ésos son profesionales. Te siguen por encargo. Quizá sean, incluso, luchadores de karate.

—Estás tratando de asustarme —le miró con sus ojos almendrados, exóticos y bellos, muy abiertos—. Eso es lo que intentas, Norman.

—Bien sabe Dios qué no —musitó él secamente—. Eiko, te has metido en un buen lío. Eso prueba que el mensaje era cierto, que la doctora Van Rijk sabía mucho y quiso decírnoslo. Pero tu idea de firmar ese trabajo, ha sido una temeridad. Ahora, ellos intentarán silenciarte como sea.

—Norman, mi trabajo ha sido siempre arriesgado y peligroso. No puedo cambiar de modo de ser por un riesgo más o menos.

—Profesión de héroes, ¿eh? —Ponderó Robbins con sarcasmo—. Eso suena muy hermoso, sí... Pero no me vas a convencer, Eiko. Lo malo es que ya no hay remedio. Y tengo que ayudarte, puesto que yo, indirectamente, te metí en esto.

—¿Qué piensas hacer? Si esa gente es experta en karate, si son asesinos profesionales...

—Déjame a mí —silabeó Robbins—. Yo resolveré el problema... a mi modo.

Volvió a mirar por la ventana, reflexivo. Luego, se encaminó al teléfono. Lo descolgó, marcando un número determinado: el de la policía.

Zumbó la llamada. Una voz tranquila preguntó:

—¿Con quién desea hablar, por favor?

—Con el teniente Makashi. Soy Robbins, Norman Robbins. Es urgente.

—El teniente no está. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Informe a cualquier oficial a su servicio. Dígale que Norman Robbins pide unos agentes para su domicilio. Hay unos individuos sospechosos en la calle, vigilando mi casa. Han seguido a la señorita Tamiyo, autora del artículo de hoy en el *News*...

—Señor Robbins —sonó la voz apacible—, ¿de veras cree librarse así de nuestro cerco?

—¿Eh? —Se sobresaltó Norman—. ¿Quién habla?

—Desde luego no es el Departamento de Policía. —Hubo una risa sarcástica en el teléfono—. Señor Robbins, dígale a la señorita Tamiyo que no importa las veces que pueda librarse de nuestro cerco en el futuro. Hablar de «El Dragón»... significa la muerte. Y ella debe saberlo, puesto que escribió sobre ello en su periódico.

—¡Escuche! ¿Quién está ahí? ¿Con quién hablo?

—Con un emisario personal de «El Dragón» —se repitió la carcajada, y se cortó la comunicación.

Robbins, alterado, colgó. Miró a Eiko, que le contemplaba fijamente, preocupada ahora de un modo ostensible.

—El teléfono, Eiko... —murmuró el joven americano. Lo interceptaron... Tal vez han hecho una conexión...

—Pero..., ¿quién era?

—«El Dragón» —dijo secamente, asomándose otra vez a la ventana.

No vio ni rastro de los dos hombres sospechosos. Habían desaparecido.

CAPÍTULO V

K-2000

Tosho Ogawa y Morgan Hellinger cambiaron una mirada entre sí.

—Hemos leído el periódico —afirmó el industrial y financiero norteamericano—. Pero no hemos logrado entender gran cosa. «El Dragón» es un nombre demasiado común aquí. En cuanto a esas cifras,

K-2000...,

no nos dice nada en absoluto, Robbins.

Norman esperaba esa respuesta. Imaginarse otra cosa, hubiera sido demasiado esperar. Parecía obvio que la profesora Van Rijk pensó que sus palabras serían reveladoras..., pero no revelaban absolutamente nada de nada, al menos por el momento.

—¿Conocían a la profesora Van Rijk, señor Hellinger? —indagó desde el sillón donde se acomodaba, al fondo de la sala, Kodaya So.

—Sí, eso sí —afirmó, rápido, Hellinger—. La conocía.

—Nos visitó estando en el Japón, hace cosa de un año —confirmó Ogawa—. Pero ignoraba que tuviera algo que ver, de un modo directo, con Tokuga Nara o con el doctor Munako.

—Pero ella era también profesora en ciencias químicas, ¿no?

—Exactamente. Y de gran prestigio.

—Señor Hellinger, ¿ella tenía alguna especialidad concreta?

—Bueno, había trabajado en industrias plásticas. Luego, colaboró con una empresa norteamericana en cuestión de combustibles químicos y derivados del petróleo. Es todo lo que recuerdo, aunque no creo que fuesen especialmente concretas —señaló Tosho Ogawa—. Cualquier químico podría ocuparse de

cuestiones así, sin necesidad de una particular especialización.

—Sí, entiendo. ¿Ningún otro detalle revelador sobre esa mujer?

—No, ninguno. Era una gran enamorada del Japón, pero no en el terreno industrial precisamente, sino en su historia y su tradición.

—Murió rodeada de cosas tradicionales, ciertamente —murmuró Robbins, pensativo—. Una máscara teatral, un kimono... y una jabalina de bambú con veneno de plantas japonesas. ¿Se puede pedir algo más poético y terrible a la vez?

—Los asesinos han de estar forzosamente locos —comentó Hellinger, impresionado—. Toda esa sarta de detalles truculentos...

—Mucho me temo que no nos enfrentemos precisamente con locos, señor Hellinger —rechazó vivamente Kodaya So, levantándose con un suspiro. Su figura juvenil, elegantemente vestida a la moda occidental, recorrió la amplia sala del centro químico, con paso elástico y silencioso—. Quien dirige todo esto desde la sombra, dista mucho de ser un loco. Al margen de sus detalles delirantes, hay métodos, frialdad y precisión en todo lo que hacen. No dejan nada al azar, no fallan nunca...

—Excepto en el ataque que yo sufrí —señaló Robbins, pensativo—. Ahí sí fallaron, So.

—Cierto —su amigo le miró, con expresión astuta—. ¿Raro?, ¿verdad? ¿No se te ha ocurrido ninguna explicación concreta al hecho? Fue un ataque alcohólico, sin calcular debidamente..., lo mismo que los dos hombres espiando la casa cuando Eiko fue a verte...

—Eso no encaja mucho con los tres asesinatos, ¿no? —habló de repente Robbins—. ¿Es eso lo que querías decir, Kodaya?

—Sí. Eso es.

—En suma —habló Robbins mirando a los dos industriales, el japonés y el americano, socios del complejo químico Honshu International—. Lo que mi socio y yo estamos empezando a sospechar es que... hay «más de un grupo» de asesinos mezclados en esto.

* * *

—¿Más de un grupo? ¿Qué significa eso, exactamente?

—No tiene otro significado que el que se desprende de ello, teniente: una organización ejecuta a sus víctimas por sistemas

tradicionales. Sólo existió entre ellos un punto de contacto puramente casual: el método del karate, usado con el doctor Munako y conmigo. Por otro lado, hay unos maleantes vulgares, asesinos natos, que atacan con karatekas profesionales en grupo.

—Dos organizaciones... ¿detrás de qué? —indagó Shiwo Makashi con voz sorda.

—De

K-2000.

—¿Cómo dice, Robbins?

—K-2000. Sea lo que sea, de algo no tengo duda: se trata de un nombre-clave para algo. Tratándose de las víctimas que hay en este caso..., ¿qué se le ocurriría pensar a usted en buena lógica, teniente?

—Un producto químico.

—¡Exacto! —suspiró Robbins—. Un secreto químico. Un descubrimiento, lo que sea.

—¿Un arma?

—Puede ser un arma. O cualquier otra cosa. La química abarca un amplio campo. Teniente, haga algo. Se me ha ocurrido al dar vueltas últimamente a esa teoría.

—¿Qué quiere que haga? —Miró astutamente el oficial de policía japonés a su amigo norteamericano.

—Utilice la computadora oficial de la policía. Dele Una serie de datos: los nombres de los químicos asesinados, las cifras K-2000...,

y todos los informes que posea sobre esas personas. Trate de hallar «un factor común» a los tres asesinados. Las máquinas, a veces, poseen una lógica infinitamente más fría y eficaz que la nuestra.

—¿Qué supone que puedo hallar?

—No sé. Algo que les fuera común a todos. O alguien, quizá... Para morir todos violentamente, ha de existir ese nexo. Programe especialmente sus datos profesionales archivados. Creo que puede salir algo de todo eso.

—Está bien. Lo intentaremos. Pero es buscar algo al azar.

—De momento, sí. Esperemos que la computadora nos proporcione un indicio, por leve que sea. Yo, mientras tanto, buscaré por otro lado, teniente.

—¿Por cuál, amigo Robbins? —Se intrigó el policía de Tokio.

—Por el más agradable de todos los imaginables: una bonita mujer... —sonrió el joven norteamericano.

* * *

El local era como cualquier otro de Tokio que pretendiera dar una imagen pintoresca y colorista del Oriente tradicional, a cualquier visitante ingenuo.

Biombos lacados, cortinas de bambú, máscaras de porcelana, muros de papel, paisajes con montañas nevadas, puentes, ríos y dragones...

Y *saké* de calidad *estándar*, a precio de lujo. Un club nocturno como cualquier otro, con música americanaailable. Y a veces, con *striptease* japonés, iniciado en kimono de vivos colores...

Lo de siempre, en suma. Pero el club tenía un nombre, sugestivo para Robbins. Quizá por ello lo había elegido: «El Dragón».

Dragones de color fluorescente, flotaban por doquier, bajo la luz negra del local, dando matices espectrales a los animales mitológicos del país. También eso formaba parte de la rutina turística.

Pero todo ello, como marco de unos bailes con una bonita mujer en brazos, resultaba incluso agradable y sugerente.

Especialmente, si esa mujer era rubia, tenía los ojos pardos, la boca jugosa y gordezuela, y unas curvas que su mano rozaba involuntariamente durante la danza.

—Es una deliciosa noche, Robbins —declaró Lauren Bluebell con voz suave.

—Estaba pensando lo mismo, pero agradezco que tú tengas idéntica idea. Contigo al lado, cualquier noche puede ser maravillosa, Lauren.

—¡Adulador! —rió ella, divertida.

—Palabra que no, Lauren. Y lo sabes. No me gusta adular ni siquiera a las mujeres. En tu caso, sería ridículo e inútil. La verdad es mejor que la adulación.

—Lograrás convencerme al fin.

—¿Convencerte? ¿De qué?

—De que sales conmigo por llevar a una chica bonita al lado.

—¿De veras? —Enarcó las cejas Robbins—. ¿Por qué otra cosa iba a salir, entonces?

—Porque trabajo en los laboratorios Honshu..., y porque fui testigo de la evasión de un asesino —rió ella con ironía.

—Diablo, a eso le llamo yo una estocada a fondo —gimió Robbins.

—¿*Touché*?

—No, no. Ni mucho menos. Sólo me quejaba de la intención. No he salido contigo por esa razón, sino porque eres una muchacha bonita, atractiva... y compatriota mía.

—Además de trabajar en los laboratorios y todo lo demás.

Norman la miró. Sonrió, derrotado.

—Está bien —dijo—. Salí contigo porque trabajas en los laboratorios. ¿Contenta?

—Sí; Me gusta la sinceridad.

—Ahora bien: a los pocos minutos de recorrer Tokio de noche a tu lado... he olvidado todo eso.

—Ya lo he notado. Pero creí que formaba parte de tu técnica.

—Mujer desconfiada... —refunfuñó, riendo—. No, Lauren. La verdad es que quería saber cosas a través de ti. Pero no he vuelto a pensar en ello. Y la culpa ha sido tuya.

—Eso sí es halagador. El más bonito piropo, Norman.

—Ya te dije que la verdad siempre es bonita... con una mujer como tú. ¿Nos sentamos?

Asintió ella. Volvieron a la mesa. Les esperaban las tacitas de *saké* a medio consumir. Brindaron antes de beber, a la luz de los farolillos japoneses, bajo un espantable dragón luminoso.

Robbins asoció ideas. Miró a Lauren Bluebell y preguntó:

—¿Te dice algo el nombre de... «El Dragón»?

—Sí —sonrió—. Este local se llama así, ¿no es cierto?

—En efecto. Y otros doscientos de Tokio, tal vez. Yo hablaba de un «Dragón» especial. Pensé si lo oirías mencionar alguna vez al doctor Munako...

—Ya te dije que no tenía mucha relación con el doctor ni con los demás químicos. Mi trabajo es diferente, y me muevo en distinto ambiente que ellos...

—Lástima, Lauren. Tal vez hubiera sido de gran valor que hubieses tratado a esos científicos de tu empresa. Pero eso no puede arreglarse ya. De modo que mi otra pregunta será aún más inútil que la anterior, lógicamente. Y no valdrá ni siquiera la pena

hacértela...

—Hazla, de todos modos —le animó ella con una suave sonrisa—. Nunca se sabe lo que una puede ignorar o saber...

—No, seguro que eso no lo sabes —murmuró Robbins, desalentado—. Era más fácil lo del «Dragón»... Tú no puedes haber oído hablar de

K-2000...

—¿K-2000? —Lauren Bluebell le miró, sorprendida—. Sí, Norman. He oído hablar de eso.

Robbins pegó un respingo en la silla. La miró con ojos incrédulos.

—«¿Seguro?» —inquirió, asombrado.

—Claro. Es de las pocas cosas que conozco de química... —sonrió Lauren, con deliciosa ingenuidad.

—¡Química! Dios mío, Lauren, sería demasiado hermoso... Lauren, por favor, si lo sabes, dímelo, te lo ruego... «¿Qué es K-2000?».

Ella se inclinó hacia él. Y se lo dijo.

En ese preciso instante se apagaron las luces de la sala. En la oscuridad repentina, se percibió el grito excitado de un karateka cuando ataca a muerte.

Robbins sintió que unas figuras humanas venían hacia él en la oscuridad, como instrumentos de muerte...

Por fortuna, la oscuridad no llegó nunca a ser total.

Los dragones fosforescentes lo impidieron. Su fosforescencia de vivos colores, eran como resplandores lívidos en la sombra. Y esos resplandores, revelaron a Robbins la presencia de sus verdugos.

Lauren chilló cuando la mesa rodó estrepitosamente por el suelo, impulsada por las piernas mortíferas de un experto en karate. Simultáneamente, Robbins derribó de un empujón a la muchacha, y luego se desplazó veloz en la semioscuridad.

Cuerpos elásticos y agresivos le rozaron, en un acoso mortal. Calculó que había unos tres atacantes, y todos ellos auténticos maestros en aquel arte marcial japonés. Si uno sólo le alcanzaba, su golpe le derribaría, moribundo o aturdido. Y luego sería fácilmente rematado por el grupo asesino.

Algo le decía que esta vez, el ataque no correspondía a los que antes fallaran en la céntrica calle de Tokio, sino a la otra

organización, la más peligrosa de ambas: «El Dragón».

Robbins se pegó a un muro, lejos de Lauren, para evitar que ella se cruzara por medio, en la fatídica batalla a desarrollarse entre tinieblas y lívidas fosforescencias amarillas, verdes y rojas, de figuras de dragones convencionales.

Así, sólo tenía que dominar su frente, para evitar sorpresas traicioneras. Los gritos de los demás clientes del club, se mezclaban con el cercano jadeo animal, sinuoso y maligno, de sus feroces atacantes.

Luego, a la claridad de un reflejo de las figuras fosfóricas, vio venir dos siluetas humanas sobre él. Había sido localizado.

Esperó a pie firme, sin precipitarse. Luego, adelantó sus brazos en posición adecuada. Paró un golpe, luego otro. Después, disparó sus piernas. Y también sus dos brazos, en ambos sentidos, conjugando así un doble ataque en *Nukite* y *Mae-Jeri-Yodan*, poco ortodoxo, pero terriblemente eficaz.

Sus dos adversarios aullaron, al crujir violentamente sus huesos quebrados. Notó que saltaban atrás y aterrizaban sobre sillas y mesas, estrepitosamente. El caos terminó en un súbito silencio, quebrado sólo por los gritos y exclamaciones de los asustados clientes.

Robbins intuyó algo aún peor que el ataque del karateka. Y se tiró de pronto al suelo, más bien guiado por su instinto que por ninguna razón concreta y racional.

Acertó de lleno. Súbitamente, la oscuridad se iluminó con violencia. Una especie de centelleante, ondulada lengua de fuego brotó de la sombra, con sonido sibilante. Abrasó el muro, haciendo arder cortinajes, lámparas de papel apagadas y dragones fosforescentes adheridos a los muros.

Robbins sintió sobre él la bocanada de fuego, que le recordó el mítico aliento del dragón. Desde el suelo, tras buscar su pistola automática, la disparó, sin vacilar, sobre el punto de origen de la llamarada, apenas ésta se extinguía.

Sonó un grito ronco, sordo, mezclado al estampido del arma de fuego. La confusión creció en el local llamado «El Dragón». Un cuerpo chocó contra el suelo pesadamente.

Alguna otra cosa tuvo un choque sordo, no lejos de allí.

De súbito, la luz volvió, cegadora, pese a ser tamizada, a la sala

en sombras. La avería provocada, se había reparado ya.

Robbins, desde el suelo, pistola en mano, contempló aturdido la escena de caos en torno suyo: la mesa volcada. Lauren tras ella, parapetada con gesto de terror... Dos karatekas de negras ropas, con un dragón bordado en azul sobre el lado izquierdo de su pecho, yacían más cerca, con sus cuellos y tórax hundidos por el doble impacto de karate de Robbins.

Iban encapuchados con caperuzas de seda negra, Pero sus figuras menudas, enjutas y musculosas, revelaban su naturaleza oriental.

Más cerca de Norman, justo ante él... yacía la tercera persona. Otro karateka de negro, encapuchado... y a su lado, la cabeza de un dragón, en metal. De su boca surgía humo aún, con el mismo olor que la llamarada lanzada en la oscuridad.

Robbins tocó la cabeza de dragón, pensativo. Tenía el tamaño de una máscara reducida. Pero la llamarada había sido violenta y demoledora. El muro mostraba un negro boquete abrasado, donde él tenía que haber estado al actuar la extraña arma.

Observó que la máscara metálica ofrecía una especie de resorte o gatillo para dispararla. Ceñudo, reflexionó sobre tan terrible elemento.

—Un arma ofensiva terrible —murmuró—. Tal vez un arma química... Pero en el fondo, otra forma de muerte tradicional: abrasado por el aliento del dragón... No hay duda: esta vez sí fueron «ellos»...

Luego, acudió a recoger a Lauren del suelo, sin dejar de pensar en el ataque recién sufrido, y en lo que significaba
K-2000.

CAPÍTULO VI

EL INVENTO

Kodaya So tomó la ficha electrónica de manos del teniente Makashi. Afirmó despacio, tras mirar a su socio y camarada.

—Sí, Norman —murmuró—. Es lo mismo. Ambos datos coinciden. La máquina... y tú.

—De modo que ahora, ya sabes lo que es K-2000

—suspiró el teniente—. Pero... ¿dónde está?

—Quizá en poder del «Dragón» —señaló Robbins, pensativo.

—Sería realmente terrible. Pero entonces, ¿por qué seguirían asesinando?

—Porque no quieren que nadie conozca ese hecho. ¿Qué dice el informe electrónico de la computadora, exactamente?

—Que las tres personas asesinadas, el profesor Nara, el doctor Munako y la profesora Van Rijk, sólo tenían en común a una persona: el profesor Hideki Kamura.

—Hideki Kamura... —meditó Robbins—. El más grande químico de esta época...

—Y desaparecido sin dejar rastro, en la explosión de unos laboratorios experimentales, en los Estados Unidos —señaló Kodaya So.

—¿Muerto..., o sólo «desaparecido»?

—No se sabe. Oficialmente, sólo desaparecido. Quizá esté muerto. O prisionero. Él halló el K-2000.

Preocupado por la trascendencia del hallazgo, lo informó a los que

entonces eran sus más directos colaboradores y auxiliares: Nara, Munako y la señora Van Rijk.

—¿Sólo ellos tres?

—Parece que la computadora no tiene más datos —suspiró el policía japonés—. Pero estamos investigando eso, y espero algún resultado positivo en breve. De momento, sólo los tres nombres programados. Uno de ellos, el profesor Tokuga Nara, debió hacerse cargo de las fórmulas o de alguna parte de ellas, dada la trascendencia del descubrimiento para el mundo actual. El miedo de Kamura era lógico. No resultaba fácil imaginar quiénes se mueven ahora en la oscuridad, aparte de El Dragón, ¿no? Ni suponer quiénes pagan a los asesinos profesionales que se mueven en todo esto...

—No, nada difícil —admitió serenamente el teniente Makashi—. Los intereses mundiales son demasiado grandes, demasiado complejos... El profesor Kamura, evidentemente, era lo que temía con mayor fuerza. Y no sabía si ayudar a la Humanidad, facilitándole su hallazgo..., o destruirlo, sin que nadie llegara a saber nada de ello.

—Posiblemente ambas soluciones eran malas. Pero yo me pregunto: ¿cómo pudo saber alguien, ajeno al círculo de investigadores químicos, lo que Kamura había hallado, es decir, la naturaleza real de la fórmula que él tituló

K-2000,

utilizando su propia inicial del apellido..., y el año simbólico para su descubrimiento?

—Siempre existe una indiscreción, un fallo cualquiera, por leve que sea —señaló amargamente Robbins—. Nadie podía pensar en ello, pero sucedió. Y el secreto tan celosamente guardado, ha sido perseguido ahora por toda clase de gentes, ávidas de obtener una auténtica y preciada llave del mundo..., o de destruirla, para que otra llave no se quede inútil para siempre, provocando la ruina de muchos países, empresas y gobiernos.

Hubo un silencio profundo. Robbins estudió la cartulina del programador, pensativo.

Al devolverlo, hizo otra pregunta al teniente Makashi:

—¿Qué hay sobre esa cabeza de dragón, utilizada como arma agresiva?

—La están examinando los técnicos. No es nada realmente nuevo. Sólo un proyector de combustible concentrado, en cápsulas de alta potencia. La boca del dragón es el cañón del arma, pintoresca y terrible a la vez.

—Estuve a punto de probarla en mi propio cuerpo. No conformes con enviarme dos expertos en lucha japonesa, un tercero me dispuso un incómodo brasero... Es evidente que el cerco de peligro se estrecha.

—Sólo la revelación del
K-2000...,

o su destrucción definitiva, impedirían que esto siguiera adelante, Robbins —señaló Kodaya, con voz seca.

—Eso es obvio. Si El Dragón sigue en este asunto, sin embargo, es por una posible razón muy concreta.

—¿Cuál?

—Sólo tiene «una» parte de la fórmula, arrebatada acaso a Kamura, acaso a Tokuga Nara o a cualquier otro... Personalmente, por la llamada que nos hizo a Zachary y a nosotros, creo que era Tokuga el depositario de esa parte de la fórmula, y su asesino se la llevó consigo. Pero falta «otra» parte de la misma, para completarla. Alguien la tiene. Ellos sabían que no eran Munako ni la profesora Van Rijk, puesto que en ningún caso se registraron sus pertenencias tras el crimen...

—¿Entonces..., hay «una cuarta» persona amenazada ahora? —
Se estremeció el teniente.

—Sí. La hay.

—Pero..., ¿quién?

—Esa respuesta, me gustaría conocerla, teniente —habló Robbins con un suspiro—. De cualquier modo, sea quien sea..., puede que «no sepa» lo que tiene, puesto que al ver morir a los demás, no se ha intentado librar, recurriendo a la policía o solicitando ayuda para proteger su vida.

—Dios mío. Si El Dragón, o los esbirros pagados por... por los «otros», saben quién es esa persona, dónde está, y dónde guarda la parte de la fórmula
K-2000...,

¿qué va a suceder?

—Posiblemente habrá otro asesinato —sentenció Kodaya So—. Y

la fórmula pase a poder de esa organización, para convertirse en arma a manejar frente al mundo. La utilidad que puedan darle, sólo ellos la saben.

—Hay gobiernos que pagarían fortunas para destruir ese secreto —apuntó el policía.

—Y otros que lo pagarían por poseerlo y hacer industrializar ese hallazgo... —Robbins meneó la cabeza, con desaliento—. Cielos, pensar que un secreto tan celosamente guardado..., lo mencionó el doctor Munako un día que había bebido más *saké* del prudencial..., delante de esa muchacha, Lauren Bluebell...

—Ésa es la gran ironía de este caso —rió irónicamente Kodaya—. Porque de otro modo, amigo mío, ¿quién podría suponer jamás que la fórmula química

K-2000...,

fuese la de «un nuevo combustible que suple totalmente al petróleo y sus derivados», a un precio industrial diez veces menor?

* * *

Si Morgan Hellinger estaba pálido, más lívido aún, pese a su habitual color de piel, se mostró su socio japonés, Tosho Ogawa.

Ambos industriales permanecían como anonadados en sus asientos, bajo el impacto de la revelación sorprendente de Robbins.

—No es l... —masculló Ogawa—. Munako no pudo saber eso y ocultárnoslo a nosotros...

—No era su secreto, sino el del profesor Kamura. Habían jurado callar. Sólo una indiscreción ridícula rompió el muro de silencio de todos ellos. Hubiera seguido callando, hasta el momento en que resolvieran juntos lo que era preciso hacer.

—¡Un combustible químico..., que haría inútil todo el petróleo árabe y americano! —jadeó Morgan Hellinger—. ¿Qué sucedería entonces?

—No es difícil imaginarlo. Un petróleo sintético, producido en laboratorio, no necesita pasar a refinerías y grandes centros distribuidores... ¿Se imagina el futuro de las grandes empresas de ese ramo? ¿Y los emiratos y Estados que viven del petróleo? ¿Y la política internacional?

—Yo imagino algo mejor —señaló Ogawa con gran sentido práctico—: El triunfo de la química..., y el ahorro mundial de

dinero y de energía. Una fuente de bienestar para el futuro.

—Y de discordia para el presente —sonrió Robbins tristemente—. Todo gran hallazgo semejante, significa una revolución total. Con quiebras, ruinas, fortunas abatidas, caos económico y político... No creo que permitan nunca su aplicación.

—¿Quiénes no lo permitirán?

—Tantos son, que no podría enumerarlos. Pero sus nombres están en la mente de todos. ¿Por qué creen que actualmente hay asesinos a sueldo, capaces de envenenarse cuando les capturan? Son comandos suicidas, bien pagados, en cualquier parte del mundo. Su misión: ¡destruir a cuantos conozcan o puedan poseer la fórmula K-2000!

—¿Y qué piensan hacer ustedes? —quiso saber Hellinger, tembloroso de inquietud y de emoción.

—No lo sé —confesó Robbins—. El secreto es demasiado terrible para mí. Escapa de mis manos. No puedo decidir sobre algo así. Pero si se halla en el Japón, entero o en parte, los japoneses decidirán. Lo que ellos hagan, bien hecho estará. De momento, lo realmente importante es hallar a una cuarta persona.

—¿Una cuarta... persona? —repitió Ogawa.

—Sí. El cuarto miembro del grupo que colaboró con Kamura en ese invento. Por eso he venido a verles. Ustedes pueden saber algo sobre él... Lo preciso para localizarle, sea donde sea, caballeros..., y salvar su vida amenazada.

—¿Saben ya que existe esa cuarta persona?

—No, señor Hellinger. Lo suponemos tan sólo. Lo que él tenga, no vale nada por sí solo. Destruída esa parte, la mitad que, posiblemente, tenga ya El Dragón, no servirá tampoco. Creo que eso piensa hacer la policía, si localiza a ese hombre..., o mujer. ¿Pueden ayudarnos a ello?

—No —suspiró Ogawa—. No tengo la menor idea. Ni siquiera sabía lo demás, Robbins.

—¿Y usted, señor Hellinger? —Se volvió al socio americano de Ogawa.

—Menos aún —resopló el industrial, con un movimiento negativo de cabeza—. Todo este asunto me resulta totalmente nuevo y desconocido, Robbins. Si pudiera, le ayudaría, aunque sólo fuera por salvar esa posible vida en peligro...

—Les creo, caballeros. Como ustedes dicen, no sólo una serie de enormes intereses financieros e industriales del mundo están ahora en juego, sino también, y más urgentemente, la existencia de un hombre marcado por los asesinos del Dragón. Creo que, por encima de todo, eso es lo que cuenta. ¿Quién será esa persona? ¿Dónde se encuentra ahora? ¿Cuánto le queda de vida? Ésa es la gran incógnita que nos preocupa a todos...

* * *

Tosho Ogawa, el poderoso industrial de la Honshu International, se alejó de la zona industrial de su empresa, en su poderoso automóvil «Mercedes Benz», color crema.

Rodó con rapidez a través de las amplias autopistas japonesas, en dirección contraria a Tokio, la capital. Habitualmente, Ogawa seguía la ruta opuesta, para entrar en el centro urbano de la gran ciudad.

Iba solo al volante, con expresión dura y pensativa. Tras las gafas oscuras, que aplicara sobre su rostro, los ojos almendrados brillaban fríamente. Las manos al volante, firmes y aceitunadas, tenían ahora un leve temblor excitado. Y eso no era normal en el industrial.

Evidentemente, la visita de aquel día había impresionado más de lo normal a Tosho Ogawa. Su socio Hellinger se había marchado mucho más sereno y como si el misterioso asunto de la fórmula química para revolucionar la situación energética del mundo le importase muy poco.

Pero él, por el contrario, estaba nervioso. Cosa extraña en el industrial japonés... Aceleró la marcha del «Mercedes», en dirección a Yokohama. Se inclinó sobre el volante, como si contara las millas. O los minutos.

En la distancia, a sus espaldas, se perdió en un recodo, tras los árboles y las colinas, el gran centro químico. Tras un trayecto no muy prolongado, el coche europeo se desvió por un sendero secundario, entre arboledas típicamente niponas, frondosas y de un oscuro verdor umbrío.

Llegó ante una cerca. Saltó del coche, y accionó un resorte. Se deslizó la puerta eléctricamente. Subiendo de nuevo al «Mercedes», lo condujo por el sendero de gravilla. A su espalda, la puerta se

cerró de nuevo.

Ogawa subió el sendero en rampa, hasta dejar el automóvil parado en un claro semicircular, frente a un edificio de muro encristalado, típicamente japonés, con tejados superpuestos, como una pagoda.

Saltó a tierra, avanzando con paso rápido hacia la casa. Su zancada era larga, y su gesto inquieto, cuando abrió la puerta con una de las llaves del llavero que extrajo de su bolsillo.

Penetró en el interior, cerrando cuidadosamente tras de sí, y encendió una luz, sin abrir las ventanas, cubiertas por cortinajes de espesa seda granate, salpicada de motivos orientales.

Se movió por el interior del edificio, grande y silencioso, abandonado sin duda alguna en esos momentos, pese a su aire confortable, cómodo e incluso suntuoso.

Parecía tener una idea fija, algo que le obsesionaba por completo durante estos últimos minutos, hasta el punto de alterar su normal estado anímico.

Desfiló por diversas habitaciones bien amuebladas, amplias y cuidadas, hasta detenerse ante una puerta determinada. Se tocó el corazón, agitado por la excitación del momento.

Otra llave abrió esa puerta. La sala estaba totalmente a oscuras. A tientas, encendió una luz. Buscó en el muro, deslizand unas cortinas. Apareció un gran retrato del emperador, enmarcado en dorado. Presionó una moldura del marco.

El cuadro se deslizó hacia arriba, sobre unos raíles silenciosos, dejando ver una caja fuerte debajo. Accionó nerviosamente, hasta el punto de equivocarse varias veces, los controles de la combinación.

Finalmente, logró abrirla. Hundió la mano en ella, hacía un punto determinado. Extrajo un sobre cerrado, lacrado. Un sobre color marrón, sin nombre alguno en el exterior.

Temblaba su mano al contemplar el objeto.

—Dios mío... —murmuró en japonés—. ¿Quién iba a imaginarse..., que esto era la mitad de la fórmula capaz de revolucionar al mundo?

* * *

Los dedos color aceituna rasgaron los lacres. Y el sobre marrón. Del interior emergió otro sobre. Éste era color *beige* claro. Con unas

palabras mecanografiadas encima:

«Unid al sobre que posee Tokuga Nara».

No había ya duda alguna, aunque Ogawa no la había tenido en ningún momento al acudir a aquella casa. Inquieto, temeroso, miró en torno. Aun en aquella casa aislada y solitaria, se sentía preocupado. Recordó lo que dijera Norman Robbins en la oficina de la compañía, aquel mismo día:

«Es preciso hallar a una cuarta persona..., cuya vida está amenazada».

Y él era esa persona. No lo había sabido, justo hasta el momento de oírsele decir a Robbins. Estuvo a punto de confesarlo, pero tuvo miedo. La transcendencia misma del objeto, le había frenado. Además, tampoco era suyo. No podía decidir. Quizá Kamura, el inventor, vivía aún. Él era quien tenía derecho a destruir o conservar su fórmula. Sólo él...

Y no quería, quitarle ese derecho. Aunque su existencia estuviese en peligro mientras el sobre se hallara en su poder, conteniendo una parte del gran secreto

K-20Q0...

Nara, Munako, la profesora Van Rijk... Él no había podido sospechar que aquellas personas se relacionaran con el secreto. Pero al hablar Robbins de «algo» que Kamura entregara un día a «alguien», recomendando el secreto máximo, asoció ideas y comprendió...

—Debo llevarlo a sitio más seguro, antes de que El Dragón sospeche que yo soy quien conserva lo que ellos buscan... —musitó roncamente, hablando consigo mismo—. Hoy mismo quedará eso resuelto...

Regresó a la parte exterior de la casa, cruzando de nuevo las estancias con rapidez. Abrió la puerta de la salida, asomó al claro ajardinado, frente a su «Mercedes»...

Un escalofrío de horror sacudió su cuerpo.

El personaje siniestro, con kimono de seda negra y máscara blanca, de japonés tradicional de otros tiempos, estaba plantado allí, delante de la casa. Frente a él, en el claro, como el ser horrible de una pesadilla.

—¡Oh, cielos, no! —aulló Ogawa, mortalmente lívido, dando un paso atrás.

El japonés de kimono negro, soltó una carcajada gutural bajo la máscara. Alzó una mano armada con un *kendo* alargado y curvo. El sable japonés centelleó a la luz.

—Es inútil, Tosho Ogawa —sonó la voz ronca del enmascarado—. Sabemos que lo tenías tú. El Dragón siempre sabe...

El sable oriental partió de la mano del asesino enmascarado, directo hacia su víctima petrificada, llena de infinito terror...

* * *

El disparo restalló en el jardín con bruscos ecos en la espesura.

Alcanzado el *kendo* de larga hoja en su mismo centro, soltó un sonido metálico, y volteó, lejos de su blanco, yendo a clavarse vibrando, sobre el suelo de gravilla. Ogawa exhaló un gemido de alivio y sorpresa.

En cambio, su agresor rugió contrariado, y se revolvió hacia el punto de origen del disparo. Toda clase de arma tradicional había dejado de tener ahora su valor. El personaje del kimono extrajo de un bolsillo una pistola automática de calibre 32.

Otra detonación de arma de fuego se anticipó a su acción. El arma escapó de la mano enguantada del criminal, mientras los dedos de éste se cubrían de sangre, bajo los desgarrones del guante, rozado por el proyectil.

El asesino echó a correr, sintiéndose derrotado. De la espesura surgió un hombre que, con rápida zancada, se precipitó detrás del enmascarado. Ogawa lo identificó apenas descubrió su figura y su rostro.

—¡Robbins! —gritó, esperanzado.

Norman Robbins no le hizo caso. Todo su interés estaba centrado en el asesino que huía.

—¡Alto! —gritó—. ¡Alto, o disparo!

El otro siguió su carrera, en dirección al lugar donde se veía parado, entre los árboles, un coche oscuro, invisible hasta entonces. Robbins resolvió no correr riesgos. Disparó contra las piernas flexibles que se movían bajo los faldones negros del kimono.

Herido en un muslo, el asesino se detuvo, se tambaleó, tropezando en unas piedras, y cayendo luego de bruces en la

gravilla. Giró el rostro blanco, enmascarado, de vieja cara de taza de porcelana japonesa, hacia su perseguidor.

La sangre mojó su pantalón y su kimono, a la altura del muslo herido. Era obvio que no tenía armas. Furioso, intentó defenderse de alguna forma. Pero Robbins puso ante su faz artificiosa el cañón de su pistola.

—Un solo movimiento, y eres hombre muerto —jadeó roncamente.

El enmascarado le miró. Solamente sus ojos eran visibles tras las estrechas ranuras de la máscara. La expresión, brillante y fría, era malévola. Una voz ronca, bajo la máscara, farfulló sonidos ininteligibles.

Robbins le arrancó la careta de un tirón. La faz de un joven japonés de angulosas facciones, asomó debajo. Tras el kimono, un negro suéter y un pantalón ceñido de igual color, revelaron que pertenecía al grupo sectario de El Dragón. El animal mitológico, en azul, aparecía bordado sobre el pecho.

—Uno de los asesinos de esa organización maldita... —murmuró—. Pero tú vas a hablar, amigo. Hablarás, te guste o no.

El otro sonrió glacialmente. Sus labios hicieron un movimiento peculiar. Rápido, Robbins le asestó el cañón del arma contra la boca, golpeándole con fuerza.

El impacto le hizo abrir los labios, y de los dientes le cayó algo al suelo. Algo que, rápido, pisoteó el joven americano con un seco chasquido. Un líquido verdoso se extendió por la gravilla.

—¡Cerdo! —rugió el asesino, pugnando por inclinarse y succionar aquel líquido venenoso.

Robbins le pegó otro culatazo, ahora en la nuca, y le hizo caer sin sentido antes de que pudiera llegar a ingerir una sola gota del veneno previsto para casos así.

—Al menos en eso, todas las organizaciones actúan del mismo modo —murmuró, caminando despacio hacia Ogawa—. Todos, al verse perdidos, en poder del enemigo, tratan de suicidarse.

—Está en el Japón, Robbins, no lo olvide —sonrió cansadamente Ogawa.

—No, no lo olvido. Usted mismo estuvo a punto de suicidarse con su actitud. ¿Cómo se le ocurrió callar la verdad sobre esos documentos, Ogawa?

—Y usted..., ¿cómo logró sospecharlo? —gimió el japonés.

—Intuición profesional —rió Norman—. Lo mismo que el hombre que intentó asesinarle. Le siguió porque «sabía» que usted era el cuarto hombre del grupo... Por fortuna, yo seguí a los dos, sin saberlo...

CAPÍTULO VII

TRAS EL DRAGÓN

—De modo que éste es el preciado segundo fragmento de la fórmula...

—Evidentemente, señores —afirmó Robbins, mientras el teniente sopesaba el sobre cerrado—. ¿Ha pensado lo que va a hacer con él?

—Sí, amigo mío. Entregarlo a mi gobierno, y que él decida. ¿Algo que objetar?

—No, teniente. Nada —negó Robbins—. Me parece lo más sensato. Nosotros no podemos cargar con semejante responsabilidad...

—Robbins, si mi gobierno decidiera algo, y se hallase el otro fragmento..., no le quepa duda de que su gobierno sería también informado, puesto que usted ha sido quien localizó los documentos, aunque estuvieran en poder de Ogawa, y en territorio japonés.

—Nunca lo he puesto en duda, teniente. No tiene por qué darme garantías sobre eso.

—Bien... —suspiró el policía—. Lo cierto es que se entromete usted demasiado en los asuntos más peligrosos..., pero con bastante fortuna a veces. Gracias a usted vive Ogawa..., y El Dragón no ha recogido la fórmula completa.

—Acostumbran a ser golpes de suerte. ¿Interrogaron al prisionero?

—Sí. No dice nada. Ni creo que lo diga. Es un fanático servidor de quien le paga. Tal vez les tengan embaucados con alguna idea religiosa falsa. Pero seguiremos interrogándole hasta ver si le

sonsacamos algo positivo. ¿Cree que actuó por propia cuenta al seguir a Ogawa?

—No, no lo creo. Cada vez estoy más seguro de que hay un cerebro en todo esto. Un cerebro en la sombra, que dirige a su gente y nos vigila más de cerca de lo que nosotros creemos.

—¿El Dragón en persona? —sonrió Kodaya So.

—Posiblemente —asintió Robbins—. De él partiría la idea de seguir a Ogawa, como presunto poseedor del secreto. Y así resultó ser, aunque por fortuna a mí se me ocurrió la misma idea.

—Hubo de actuar rápidamente, de eso no hay duda.

—Debe tener algún sistema de transmisión cercano, o quizá sobre sí mismo —comentó Robbins, pensativo—. Y cuando es preciso, comunica con uno de sus esbirros más próximos, encomendándole determinada misión.

—Será un enemigo difícil de desenmascarar y vencer, estoy seguro.

—Oh, estoy seguro de eso yo también, teniente. Sabe moverse en la oscuridad, sin dar nunca la cara. Le sobra gente leal que, posiblemente, tampoco le conoce a él, salvo por su nombre simbólico.

—Robbins, me gustaría terminar este asunto de una vez, y saber qué decide el mundo sobre ese producto químico maravilloso...

—Lo peor de las grandes maravillas científicas, es que tienen su lado favorable y el adverso, sobre todo en el complejo mundo actual. Ya le dije lo que imaginaba sobre los otros enemigos nuestros. Son simples agentes de las entidades interesadas en eliminar una competencia sintética a los crudos. Se asombrará el día que sepa qué entidades, qué países, qué gentes, están detrás de esos bribones, moviendo los hilos de la trama.

—No podemos saberlo aún, pero no es difícil imaginarlo, Robbins —suspiró, Kodaya So, arrugando el ceño—. Sin embargo, esa gente es la que menos me preocupa. Si se resuelve anular esa fórmula, porque ya no actuarán por su cuenta. Y si se fabrica el petróleo K-2000...,

porque habrán perdido su batalla definitivamente.

—Sí —convino Robbins—. En eso, tienes toda la razón, amigo mío... Ahora no son éstos los que me inquietan, sino El Dragón...

—¿Aun con estos documentos en poder de nuestro gobierno? —dudó el teniente.

—Aun así. Si es tan inteligente como imagino, podría hallar el medio de llegar hasta el propio gobierno. Recuerde que hay en juego una fuente de energía futura, y eso supone miles de millones en danza... Cuando los intereses son tan grandes, ni un gobierno se libra del peligro del espionaje fácilmente. El dinero, todo lo compra. Siempre hay alguien que se vende. Depende del precio...

* * *

—Oh, Robbins, no puedes ser tan mala persona conmigo. Te prometo no revelar a nadie la noticia. Si me la comunicas, no aparecerá en tanto no me autorices tú mismo, a...

—Es inútil, Eiko. No puedo confiar en ti —sonrió Norman, meneando negativamente la cabeza—. Ha sido culpa tuya, compréndelo. Ya una vez hiciste lo que no debías. Pudo costarte muy caro, de no ser que ahora ya no preocupa demasiado al Dragón lo que tú sepas..., siempre que no fuese su identidad, claro está.

—¿Su identidad? —preguntó ella, curiosa, enarcando las cejas—. No te entiendo. ¿Es que El Dragón es... una persona, un hombre determinado y no una entidad?

—Es una entidad. Pero tiene un cerebro rector al que yo llamo El Dragón, por conclusión lógica con el nombre de su secta.

—Sí, entiendo. Sería fascinante, entonces, saber quién se oculta bajo tan truculento nombre, ¿no te parece? Como en los viejos folletines...

—Vale más que no te preocupes por eso, Eiko —la avisó Robbins, solemne—. Es un tema muy espinoso. Cuestión de la policía tan sólo...

—Trataré de recordarlo. En cuanto a ese misterio internacional que mencionaste, esa fórmula misteriosa y todo lo demás...

—Tú lo has dicho: misterio absoluto. No se puede revelar un solo detalle.

—¿Tan grave es?

—*Top Secret* —sonrió Norman—. Especialmente, con las periodistas demasiado curiosas y charlatanas.

—Muy agradecida por tus piropos —se irritó la bella periodista japonesa—. ¿De veras no habrá información para mí?

—No la habré, hasta que yo mismo sea autorizado por otras personas a ello —negó rotundamente Robbins.

—Por favor, Norman... Solamente un detalle —trató de ser zalamera la muchacha de rostro de porcelana y figura de maniquí.

—No —cortó él secamente—. Ni un detalle. Todavía no. Pero te prometo algo: cuando se me autorice, la primera en saberlo, serás tú.

—Muy amable —apretó los labios, resuelta—. Cuando yo sepa algo, Norman Robbins..., ¡tampoco pienso revelártelo, aunque ello te ponga furioso!

—Muy bien —rió él—. Esperaré que se cumpla tu venganza...

* * *

—De modo que pude darte la clave...

—Sí, Lauren. Nunca hubiera imaginado que fuera eso
K-2000.

Pero una computadora nos dio una información similar. Ello confirmó tus palabras.

—La verdad es que no había vuelto a pensar en eso, desde que el doctor Munako tuvo su borrachera —sonrió la rubia muchacha distraídamente—. Pero apenas lo mencionaste, me vino a la memoria... ¿Se sabe ya algo más al respecto?

—Bastante más. Pero todo es estrictamente confidencial. No puedo revelarlo.

—Entiendo. ¿Crees que volveremos a pasar por una situación como la del club aquel, El Dragón? Siempre estoy preocupada pensando en ti, Norman, aunque no lo creas...

—Gracias, Lauren. Te creo. La verdad es que mi profesión no es un camino de rosas, pero esta vez ha sido demasiado. Parece que los enemigos con ganas de matarme, surjan por doquier...

—Por fortuna, no tuvieron suerte en sus intentos. Además..., tú eres muy fuerte —le miró, con expresión admirativa—. Y muy hábil...

—Todo es cuestión de suerte, primordialmente —se encogió de hombros Robbins. Miró en torno, al edificio de la Honshu International. Lauren, he venido a verte para hacerte una pregunta.

—¿Cuál, Norman? —sonrió ella—. Siempre tienes algo que preguntarme...

—Sí, lo admito. Pero hasta ahora, me dio buen resultado hacerte preguntas... Lauren, ¿viste acaso salir de aquí el otro día al señor Ogawa?

—¿Cuando estuviste tú reunido con ellos? —afirmó despacio—. Sí, le vi salir con su «Mercedes». No iba hacia Tokio.

—Eso ya lo sé. ¿Observaste si algún otro coche le seguía?

—No, no lo observé. Apenas un momento después, bajó el señor Hellinger, subió a su propio coche, y se encaminó en dirección a la capital. Eso fue todo.

—Entonces, ya le esperaban fuera de aquí, quizá en la carretera.

—¿Esperarle? ¿A Ogawa?

—A Ogawa, sí. Le siguieron e intentaron asesinarle.

—¡Dios mío! —Se abrieron mucho los ojos de Lauren—. ¿Por qué?

—Forma parte del secreto, querida —sonrió Norman Robbins gravemente—. Lo único que puedo decirte, es que la orden partió de El Dragón en persona.

—¿El Dragón? ¿Quién es?

—Cuando pueda responderte a eso, Lauren..., el caso habrá terminado.

* * *

Norman Robbins concilio un sueño profundo aquella noche. Su cansancio era muy grande, y su deseo de reposar y olvidarse de todo, casi tanto como la fatiga física que le invadía.

Las últimas horas habían sido muy difíciles y violentas, y ahora, aunque seguían ignorando dónde estaba la primera parte de la fórmula mágica, y dónde su poseedor, el misterioso y siniestro Dragón, era como un remanso de paz el saber que los documentos, al menos provisionalmente, se hallaban en buenas manos.

Sonó con dragones, kimonos de seda y asesinos karatekas que le atacaban por doquier. Cuando iban a matarle, le salvaba un timbre de alarma, atrayendo a centenares de policías japoneses, capitaneados por el teniente Makashi y su amigo Kodaya So.

Sorprendido, al despertar, descubrió que, ciertamente, era un timbre el que sonaba en sus tímpanos. Un timbre muy real. El del teléfono de su mesilla.

Miró al reloj, atónito. Eran las cinco de la madrugada.

—¿A estas horas? —farfulló—. Será algo urgente...

Descolgó. Con voz somnolienta, articuló algunas palabras de mala gana:

—Habla Robbins. ¿Quién es el que llama ahora?

—Norman, soy yo.

—¡Eiko! ¿Qué tripa se te ha roto a semejantes horas? —Se enfureció Robbins.

—Te dije que obtendría algo que tú no eres capaz de conseguir. Y lo hice. Poseo una información mucho más importante que todas las que tú puedas tener calladas, encanto.

—Oh, ¿y para eso me llamas ahora?

—Perdona. No molestaré más tu sueño —dijo ella secamente—. Creí que te importaba saber «quién es» El Dragón...

Y colgó, con una breve risa burlona. Robbins colgó a su vez, maldiciendo entre dientes. Se dispuso a conciliar el sueño de nuevo. Súbitamente, pegó un salto en el lecho.

Se despejó por completo.

—¡El Dragón! —aulló—. ¡Oh, no, no es posible! ¡Esa chica está rematadamente loca...!

Marcó el número de Eiko. No hubo señal alguna al otro extremo del hilo. Como si el teléfono no existiera, o estuviese averiado. Repitió la operación con igual resultado negativo.

—¡Por todos los diablos! —masculló, malhumorado—. Esa chica..., ¡esa chica! Ahora marcó la policía. Su teléfono siguió mudo. Robbins sintió un escalofrío sutil. Cortado. El teléfono estaba «cortado».

Recordó la intervención telefónica, el día que Eiko cometió su imprudencia periodística. Tal vez, desde entonces, habían estado a la escucha de ambos teléfonos. Y si era así...

¡Si era así, alguien había oído decir a Eiko que sabía quién era El Dragón!

—Lo malo es que quizá no lo sepa —refunfuñó Robbins—. Pero eso, el asesino lo ignora...

Se vistió rápidamente, lanzándose a la calle. Llamó desde un teléfono público al teniente Makashi. No estaba en el Departamento. Pidió que le localizaran con urgencia, y enviasen una patrulla a la dirección de Eiko Tamiyo. Luego, él mismo subió a su coche, partiendo hacia allá como una flecha, a través de un

Tokio iluminado, pero extrañamente silencioso y vacío en la madrugada...

* * *

Eiko Tamiyo sonrió, encendiendo un cigarrillo y paseando por su *living*, deliciosamente femenina y atractiva en sus prendas íntimas solamente. El cuerpo, bronceado y armonioso, era el de un maniquí oriental de exótica belleza.

Miró al teléfono, y soltó una breve carcajada.

—A estas horas, debe estar dando vueltas a mis palabras, sin poderlo creer —comentó, divertida—. Y lo gracioso es que tendrá razón. ¿Cómo puedo saber yo quién es El Dragón? Pero si alguien escucha, como escucharon entonces, el teléfono de Robbins o el mío..., puede que el truco resulte. De ese modo, obtendré mi exclusiva. ¡El Dragón mismo será capaz de venir aquí, si teme que yo le conozca! Y conoceré su identidad real... Todo un éxito periodístico que nadie podrá negarme, ni siquiera Norman...

Alzó el teléfono de nuevo. Notó que no había línea. Por primera vez, empezó a sentir una leve aprensión.

Era muy atrevida, pero..., esto significaba que alguien había picado el anzuelo. No querían que hiciera más llamadas... La línea estaba cortada.

Se estremeció, mirando la puerta. Cerrada sólo con el pestillo. Bastaría una ganzúa para...

No le gustaba la idea tanto como antes. Pero había que seguir el juego hasta el final. Fue a su dormitorio. Tomó su bata, y se la puso sobre sus prendas íntimas. En el bolsillo de su bata, puso la pequeña pistola automática. Su triunfo escondido para vencer al Dragón.

Se sentó cómodamente en la butaca, frente a la puerta. Clavó los ojos en ésta, esperando.

Los minutos transcurrían lentos. Pero no pasaron muchos. Súbitamente, llamaron a la puerta.

Llamaron al zumbador, tras un leve rumor de pasos en el corredor. Sorprendida, se irguió. No esperaba visitas. Y la que esperaba..., no llamaría a ningún timbre...

Convenía asegurarse. Se acercó a la puerta. Preguntó, tensa:

—¿Quién es?

—Yo —dijo una voz—. Me envía Norman Robbins. Es amigo

mío, como suyo. No puede llamar a este número por teléfono, y está preocupado por algo que usted le dijo...

Era una voz «de mujer».

Aliviada, pero con cierta decepción en el tono, Eiko indagó, abriendo ya el pestillo:

—¿Quién es usted, señorita?

—Mi nombre es Lauren —dijo ella, entrando en el apartamento—. Lauren Bluebell.

¿Esperaba a alguien más?

—Sí. Al Dragón —dijo Eiko con una sonrisa.

—¿El Dragón? —Lauren la contempló con fijeza, como sorprendida—. Pero usted..., ¿sabe realmente «quién» es?

—Sí, lo sé —mintió ella con frialdad—. Lo supe hoy mismo.

—¿Pero...?, ¿cómo? —Se intrigó Lauren, incrédula.

—Es mi secreto —sonrió Eiko, deliciosamente enigmática—. No debió usted venir. Puede estropear mi encuentro con él..., aquí mismo.

—¿Por qué está tan segura de que vendrá?

—Porque no querrá que nadie sepa su nombre. Es evidente, ¿no?

—Claro. Pero en ese caso... El Dragón matará a quien conozca su identidad.

—Desde luego. Eso es lo que le traerá a mi casa. No querrá correr riesgos.

—Eiko, no logro entenderla... ¿Y qué hará usted?

—Sorprenderle —sonrió Eiko triunfalmente, sacando su pistola del bolsillo.

Rápida, Lauren le golpeó la mano con una fuerza imprevisible. La rubia americana hizo saltar lejos el arma, ante la repentina sorpresa de Eiko, que la miró aturrida.

—Pero..., ¿qué hace? —gimió.

—Desarmarla, amiguita —sonrió Lauren fríamente—. Para que no juegue malas pasadas a mí o... a mi amigo El Dragón. Por cierto..., ¿no quería recibirlo? Ahí lo tiene...

Señaló a sus espaldas. Eiko se volvió, asustada.

Allí estaba el hombre. Fuerte, sólido, fría su mirada, dura la expresión. La mano enguantada, empuñaba una potente automática con silenciador.

—Buenas noches, señorita Tamiyo —sonrió glacialmente—. ¿De

veras me descubrió?

—No —negó Eiko con frialdad—. No sabía quién era usted. Pero quise averiguarlo...

—Estúpido error el suyo. Ni Robbins ni la policía llegarán a tiempo de salvarla.

—No pierdas el tiempo, querido —habló Lauren—. ¡Dispara!

—Sí, Lauren, cariño —afirmó Morgan Hellinger, el industrial americano. Y avanzó su mano armada hacia la aterrorizada, vencida Eiko Tamiyo.

CAPÍTULO VIII

DOSSIER CERRADO

La pistola, una «*Parabellum*» silenciosa, iba a terminar con la vida de Eiko, la traviesa y audaz reportera del *News*, víctima de un juego tan peligroso como valiente. Un juego que en modo alguno podía salir bien.

El dedo de Morgan Hellinger, socio de Ogawa en la industria química de la Honshu International, y verdadero personaje al que encubría el apodo de El Dragón, se movió en el gatillo, para disparar la bala mortal, sin sonido, que terminaría allí mismo con la vida de la bella japonesita.

—¡Vamos, ya! —le apremió fríamente Lauren Bluebell, su cómplice—. No podemos perder más tiempo...

—Esto teníamos que hacerlo nosotros, querida. Era demasiado arriesgado, por si ella lo hubiera sabido realmente...

El disparo iba a brotar del arma. Eiko miraba al largo cañón silencioso, con un terror contenido. Sabía que era el fin.

* * *

En ese momento, retumbó la detonación.

Áspera, fuerte, rotunda. Nada de silenciosa, como esperaban todos.

De la mano de Hellinger, escapó la «*Parabellum*», como arrancada por un huracán. Dio volteretas sobre la alfombra, mientras el industrial mascullaba una imprecación de dolor, y sus dedos goteaban sangre abundante.

—No se mueva, Hellinger, Ni tú, preciosa. Tendría que tirar a

matar... y no quiero hacerlo.

Era Norman Robbins, a espaldas mismas de Hellinger, saliendo por el mismo lugar que utilizara él para llegar hasta allí: la escalera de incendios.

Alguien, entretanto, cargó contra la puerta. Ésta cedió con un crujido, y Kodaya So, el joven japonés, apareció pistola en mano, cubriendo a Lauren Bluebell. Ésta dijo algo obsceno, mirando a Norman.

—Lo siento, amigos —sonrió duramente Robbins, mirando alternativamente a uno y a otro—. Debí imaginar que todo estaba en aquélla factoría. Y que era muy raro que el doctor Munako hubiera mencionado lo del

K-2000

estando ebrio, Lauren... Nadie había visto nunca ebrio al doctor. Lo cierto es que no importaba que yo supiera lo que era la fórmula. Incluso de ese modo, podía ayudar a conseguir la segunda parte de la fórmula, con un poco de suerte, haciendo vuestro trabajo sin saberlo...

—¿De modo que sospechaba de mí? —dijo acremente Hellinger—. No puedo creerlo...

—Pues era así. Estaba el hecho de que Ogawa hubiera sido atacado apenas hablamos del cuarto hombre. Usted conocía bien a su socio. Estudió su gesto, y comprendió que él era el depositario. Tenía a uno de sus esbirros cerca de la fábrica, y le envió tras de Ogawa, llamándole por algún procedimiento de radio que poseía... La noche en que salí con Lauren, nadie podía saber que iríamos a aquel club nocturno. Nos siguieron, atacándonos. Pero a ella, nadie pretendió causarle daño. Sólo se trataba de matarme a mí, que empezaba a ser muy molesto para El Dragón... Bien, Hellinger, ¿va a entregar su parte de la fórmula..., o prefiere que las dos mitades nunca se reúnan?

—No hablaré. No diré nada —cortó él secamente—. Nunca tendrán ese documento.

—Tal vez sea mejor. Así, el gobierno japonés destruirá la segunda parte, para evitar que, si la suya cae en manos de alguien, ese alguien complete las piezas de tan peligroso rompecabezas.

En la calle, aullaban ya las sirenas policiales, rodeando el edificio. Sonrió Kodaya.

—Ahí llega nuestro amigo Makashi, a bombo y platillo —dijo, risueño—. Se terminó su aventura, señorita Bluebell. Vamos ya. Usted y su amante, el que le buscó un trabajo importante en la empresa, van a terminar en el mismo sitio: en la ejecución por sus delitos...

Pálidos, abatidos, tras una mirada de odio a Robbins, los dos abandonaron la estancia, esposados por Kodaya, que se disponía a entregarlos al teniente.

En el apartamento, se quedaron solos Eiko Tamiyo y Norman Robbins. Se miraron en silencio. Ella bajó los ojos, avergonzada.

—No debí hacerlo... —musitó, humilde, como buena japonesa.

—No debiste hacerlo —confirmó él.

—Fue una locura.

—Una completa locura, Eiko.

—Pude haber muerto esta noche.

—Sólo un milagro te salvó la vida, ya viste.

—Tú..., tú entendiste, entonces...

—Entendí que habías jugado una carta suicida, sólo para conseguir un dudoso reportaje. Las grandes crónicas no se pueden escribir desde la tumba, Eiko.

—Yo..., yo tenía un arma. Pero ella me engañó...

—¿Lauren Bluebell? Sí. Su arte consiste en engañar a todo el mundo... Como él, Hellinger... Todo ese exagerado juego de disfraces orientales, de dragones y cosas así, de luchadores de karate. Iba encaminado a una sola cosa: localizar entre orientales la secta y la cabeza rectora, quitando toda posible sospecha de dos americanos. Ya ves lo diferente que era la realidad, apenas cayó la máscara, Eiko.

Volvió a reinar el silencio. Eiko musitó, tímida:

—¿Vas a perdonarme, Norman?

—No debería hacerlo. Pero es tu vida la que pusiste en juego. ¿Lo hiciste por tu periódico solamente?

—No. También por ti...

—¿Por mí?

—Creo que, sin una estratagema así..., nunca hubieras llegado realmente a conocer la identidad del Dragón...

—Sí, eso es cierto... Muy cierto —admitió Norman Robbins, moviendo afirmativamente su cabeza—. Pero arriesgar una vida

joven, como la tuya..., ¿valía la pena, Eiko?

—Para mí, ha valido la pena. Ahora ya no tienes que correr más peligros. Todo está resuelto de modo definitivo.

—Sí, todo está resuelto... —La miró, pensativo—. Si ha sido por eso... gracias, Eiko. Muchas gracias...

* * *

El Nexos publicaba una amplia información de los hechos.

Solamente la historia del petróleo sintético, producido en laboratorio, se ocultaba a los lectores. Formaba el *top secret* del sumario. Algo que no se sabría nunca, a menos que decidieran seguir adelante en las investigaciones del desaparecido Hideki Kamura.

Porque el documento número uno resultó estar en poder de Hellinger, como ya se sabía. Pero éste no reveló jamás su paradero, y el gobierno japonés resolvió destruir la parte que le había sido confiada, para evitar que cualquier error o acto de espionaje, permitiera a una organización delictiva fabricar el preciado producto.

Una vez más, Eiko Tamiyo era la reportera de moda en Tokio, e incluso en todo el país, con su exclusiva especial y apasionada, que agotó las ediciones sucesivas del diario.

Robbins y Kodaya So cerraron su *dossier* del caso del Dragón, e igual hizo el teniente Mikashi, de la policía japonesa. El asunto había terminado.

Y ello bien merecía la pena de una celebración en toda regla...

* * *

—¿Por qué, precisamente, en... El Dragón, Norman?

—Eiko, porque en este lugar estuve anteriormente con otra mujer en mis brazos, preguntándome si podía enamorarme de ella y dejar un día mi soltería empedernida.

—¿Lauren Bluebell?

—Exacto. Lauren.

—¿A qué conclusión llegaste?

—Estuve en duda toda la noche. Y cuando iba a decidirme por ponerme tierno con ella..., surgió el ataque de los asesinos del

karate. Y mis dudas.

—¿Dudas?

—Sobre su posible participación en la emboscada. Siempre he sido muy desconfiado, Eiko.

—Ya. Y has decidido venir aquí, a olvidar un mal momento y borrarlo con otro que pudiera ser mejor.

—Tal vez. Soy muy egoísta, pequeña. Y me digo que cuando una chica atractiva le falla a uno, siempre queda otra. De repente, descubres que esa otra, es aún más atractiva..., además de ser una gran chica. Muy valerosa, aunque un poco alocada.

—Me gusta que hables de mí —sonrió la joven japonesa risueñamente.

—Pues puede que me pase toda la noche hablando de ti, Eiko. A menos que bailemos...

—Entonces, bailemos. Hablaremos luego, Norman. También va a gustarme mucho bailar... contigo.

Bailaron. Muy ceñidos.

Al volver a su mesa, Eiko y Norman llevaban sus manos apretadas. Se miraron, al sentarse ante dos tazas de *saké*.

—Salud —dijo ella.

—Salud —dijo él.

Bebieron. Luego, al mirarse, habló Robbins:

—Sí, Eiko. Creo que me gustas mucho.

—Norman... ¿Hablas en serio?

—Totalmente en serio. Supe lo que me atraías..., la noche en que temí por tu vida. Eso me hizo comprender.

—Norman, ¿no prefieres a una de las bonitas chicas de tu país?

—No. Prefiero a una de las bonitas chicas de este país —sonrió Robbins—. Una chica llamada Eiko Tamiyo..., que me ayudó a resolver el más difícil asunto de mi vida.

—Una muchacha llamada Eiko Tamiyo..., que debe la vida a ese hombre a quien ayudó en un difícil caso —sonrió ella dulcemente.

Sus manos se encontraron. Se miraron a los ojos. Luego, se inclinaron sobre la mesa, hasta unirse sus labios.

Era un modo ideal de cerrar un caso.

El *dossier* del Dragón y sus asesinos tradicionales o karatekas, se había cerrado ya. Y lo hacía con una última página de suave color rosado...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] En la novela de Ian Fleming Sólo se vive dos veces ambientada en el Japón, se alude a un Jardín de los Suicidas, donde existen mil medios ingeniosos y refinados para que sus visitantes se maten, siguiendo la tradición japonesa en ese sentido. De ahí el comentario del personaje. < <